







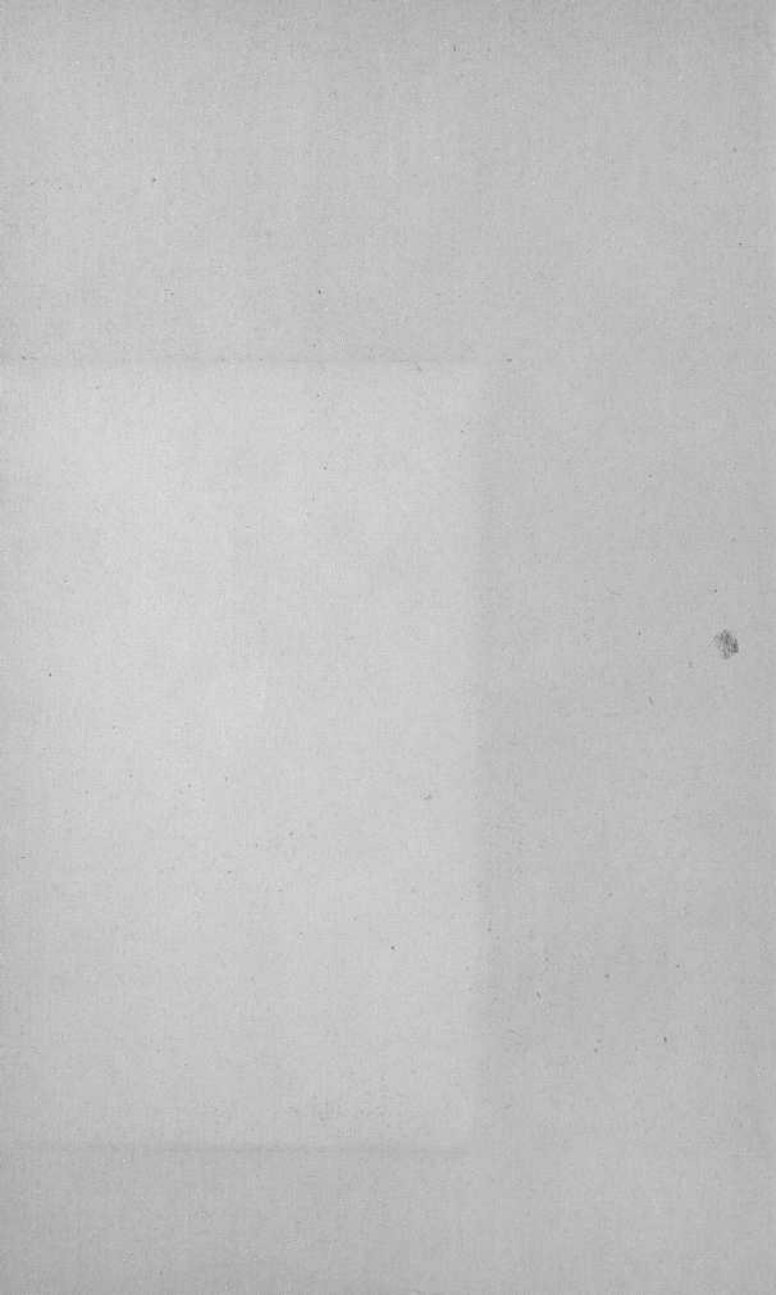
ADOLFO LLANOS

# TAUROMAQUIA FEMENINA



ARTE  
DE

# LIDIAR A LOS HOMBRES



TAUROMAQUIA FEMENINA.

2



LIBRO DE VERANO.



# TAUROMAQUIA FEMENINA.

ARTE DE LIDIAR Á LOS HOMBRES,

PARA USO DE LAS MUJERES DIESTRAS Y SINIESTRAS,

POR

ADOLFO LLANOS



MADRID:

EST. TIP. DE RICARDO FÉ,  
*Calle de Cedaceros, núm. 11.*

1885.



---

Es propiedad de su autor.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## DEDICATORIA.

*Señoras, señoritas y niñas :*

*Podéis leer este libro sin ruborizaros. Su lectura no es ofensiva á la moral ni á las buenas costumbres, y debe seros provechosa.*

*La tauromaquia femenina es usada por casi todas las mujeres, pero son muy pocas las que conocen los principios y los secretos de tan sublime arte. Conviene divulgarlos en beneficio y honra del bello sexo; y ya que hay hombres con más intención que un toro, justo será procurar que haya hembras con más habilidad que Lagartijo.*

*Recibid, pues, benévolamente la obra de caridad que os he dedicado.*

*En recompensa de mi generoso deseo tan sólo pediré un favor: si alguna vez me encontráis en la plaza, echadme al corral.*



## ADVERTENCIA

Á LOS INDIVIDUOS DEL SEXO FUERTE.

---

No trato de ofenderos publicando este libro. Aunque os comparo con los toros, es con buena intención. Los hombres nos parecemos á los toros en muchas cosas, y no logramos hacer gran papel en el mundo sino después de ser corridos.

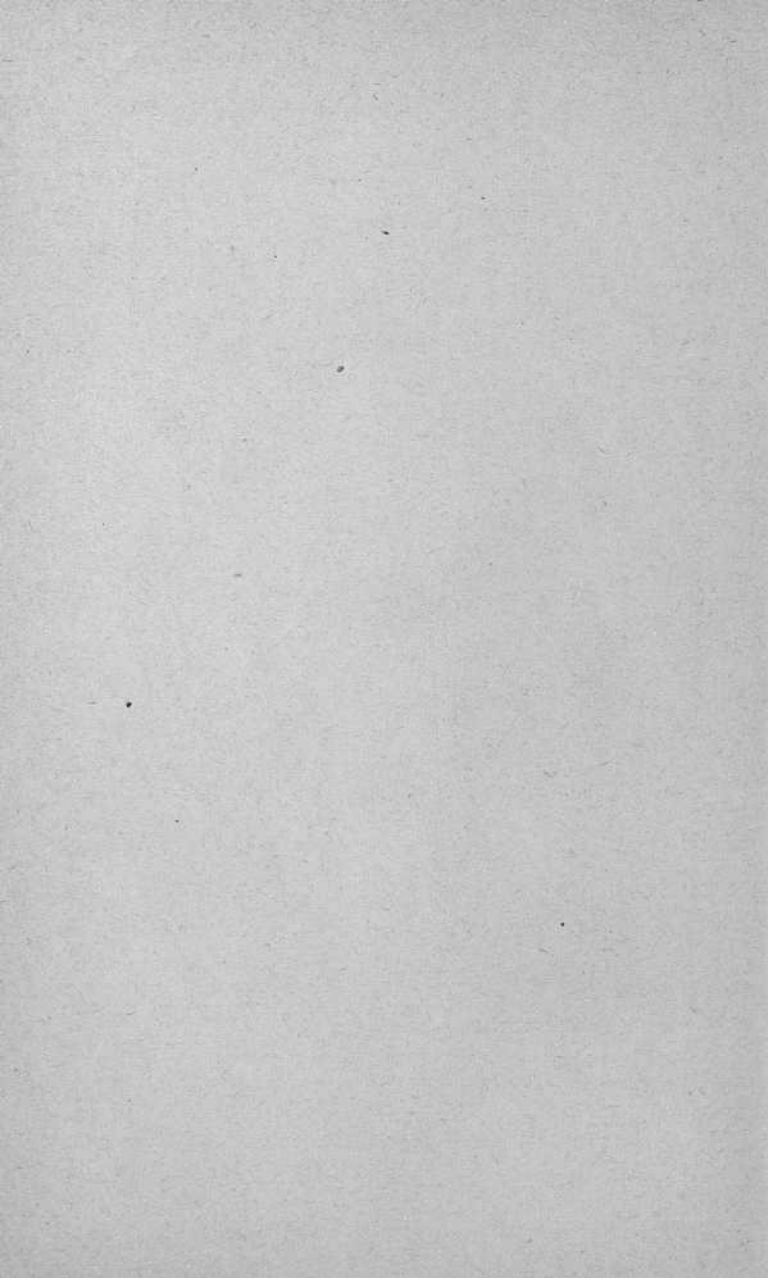
Cuando una mujer nos mira con buenos ojos, solemos decir que toma varas, pero en realidad ella es quien las pone. En la brega de los dos sexos el hombre es lidiado por la mujer, y concluye recibiendo el cachete en la vicaría.

Colegas, cofrades y compañeros: resignémonos con nuestra suerte. Lo único que podemos conseguir, es dar juego en el redondel y enviar á la enfermería á tres ó cuatro lidiadoras; pero al fin salimos por la puerta de arrastre.





UNA VERÓNICA.





## DEFINICIÓN

DEL ARTE DE TOREAR HOMBRES.

*Tauromaquia femenina* es el arte de burlarse de los novios, de atraer á los pretendientes útiles, de pescar marido y de conservarlo (1).

Aprendiendo el toreò gramaticalmente y practicándolo con serenidad y buen gusto, la lidiadora triunfará. Lanzándose al redondel con más audacia que inteligencia, no ganará para revolcones.

La que torea sin arte, se entrega á la casualidad y no tendrá más defensa que su buena suerte.

Las lidiadoras ignorantes son aficionadas de invierno.

Para llegar á la categoría de diestra es preciso atenerse á todas las sabias prescripciones de la *tauromaquia* tal como acabo de definirla. .

---

(1) No en lata.



PRIMERA PARTE.

—

LA CUADRILLA.



## LA CUADRILLA.

La cuadrilla femenina se compone de las lidiadoras siguientes:

Picadoras.

Chulas.

Banderilleras.

Sobresalientes de espada.

Espadas de cartel.

Cacheteras.

Enterradoras.

Monas sabias.

Siempre que pueda disponerse de una cuadrilla completa será de todo punto satisfactorio el resultado de la lidia. En este caso, conviene que cada lidiadora tome el papel que se avenga mejor con sus facultades.

## PICADORAS.

Para poder torear, lo mismo á pie que á caballo, es indispensable reunir las cualidades siguientes: valor, agilidad, frescura, serenidad y conocimiento del arte. Lo demás no hace falta.

Las picadoras necesitan, en particular, un poco de fuerza en el brazo derecho, si no son zurdas, á fin de poder resistir el encontronazo manteniendo firme la garrocha. Esta condición de la fuerza es muy importante cuando se pican hombres duros, pegajosos y que recargan; pero si la picadora tiene buena mano izquierda y sabe dar salida al bicho, podrá poner la puya sesgándose con oportunidad, á hombre levantado, y quedará fuera de cacho al tiempo de consumir la suerte.

De modo que, si no se tiene buen brazo derecho, hay que tener buen brazo izquierdo. La fuerza sólo se suple con la astucia. La mujer que no tenga brazos no debe picar.

## CHULAS.

Si en las picadoras es conveniente la fuerza, en las chulas es necesaria la ligereza.

Para correr por derecho á un hombre hay que tener muy buena vista y muchos pies. Cuando falten éstos, será preciso recortar.

La chula debe ser incansable, sopena de ser incasable. Su puesto es junto á la cabeza del hombre, aunque sin salirse nunca del terreno propio, pues casi todas las cogidas provienen del afán de meterse en camisa de once varas.

Fuerza es respetar la jurisdicción del bicho y mantener entre el capote y las defensas de la fiera la prudente distancia que determina el arte.

Toda chula que desee conservar su crédito evitará que haya barullo en el redondel y que ande por el suelo el percal.

## BANDERILLERAS.

En la suerte de banderillas es indispensable ver venir muy bien á los hombres.

La mujer que pueda parear á topa carnero y quebrando en la cabeza, sabrá tanto como Salomón. Pero no hay necesidad de ser un *Guerrita* para salir del paso con lucimiento. Se paree con más desahogo al cuarteo, y cuando no sea posible, á la media vuelta. Lo principal es poner los rehiletos en cualquier sitio, clavarlos como los clava el *Ostión* y salir sin atropellarse.

No hay que menudear el pareo quebrado, por lo peligroso.

Es muy feo quedarse con un palito en la mano: se clavan los dos ó no se clava ninguno.

Tampoco deben ponerse las banderillas en el tendido: es prueba de jindama ó de aturdimiento.

Nada de salidas falsas, porque son funestas.



## SOBRESALIENTES DE ESPADA.

Cualquier banderillera que tenga sentido común podrá actuar de sobresaliente de espada. Por supuesto, sin perjuicio de poner los palos que la correspondan.

Las sobresalientes procurarán imitar á las espadas de cartel, pero sin obligación de pasar bien de muleta. En cambio tienen el deber de meter el brazo con más brío que las profesoras, aunque la estocada resulte en la pesuña.

Su principal misión es ayudar á las maestras en la faena, suplirlas en los quites de la suerte de varas y correr por derecho á los animalitos de cuidado.

Las que no sepan volver bien á los hombres para ponerlos en suerte á la hora de matar, son indignas del oficio.

Deben ser la sombra y el descanso de sus superiores y el paño de lágrimas de la cuadrilla. Sinó ¿para qué se llaman sobresalientes?

## ESPADAS DE CARTEL.

Estas señoras tienen la obligación de saberlo todo: hasta cuándo y por qué cantan los pájaros en el cielo y hablan las flores en los jardines y susurra el viento en la selva, como lo sabe Zorrilla.

Suertes de capa, trasteos, pases de muleta, modos de arrancarse al bicho y de meter el brazo, entradas y salidas, pinchazos, estocadas y descabellos, todo lo que constituye la tauromaquia femenina, y muy al por menor el conocimiento de los hombres y la historia de las ganaderías militantes.

Serenidad á prueba de bomba, vista de acreedor, plomo en los pies, muchísima mano izquierda, gran brazo derecho y buen ojo para herir.

Gracia especial para recibir los aplausos y para devolver los sombreros al tendido. Paso menudo al aparecer en el ruedo.

Los brindis, cortitos: nada de Castelar. Y en seguida, al grano. Y desplegar el trapo en los morros de la fiera.

## CACHETERAS.

Este oficio, al parecer insignificante, tiene su intrínquilis.

Hay que ensayar mucho. Cosa de diez ó doce años en el matadero.

Porque supongamos que se trata de uno de esos hombres que tienen siete vidas y que después de recibir quince pinchazos, veintisiete estocadas y once intentos de descabello se echan por cumplir. Llega la cachetera, ¡paf! marra el golpe, y el caballero se levanta. ¡Qué sonrojo para la matadora! ¡Qué apuros para que el señorito vuelva á tomar la apetecida postura! Y de nuevo yerra el golpe la puntillera, y se repite el levantamiento. No hay contrariedad más contraria á las buenas costumbres y á la gloria del arte.

Las cacheteras llevan consigo el honor de la cuadrilla. Son las que dan el último golpe, y deben darlo de órdago.

## ENTERRADORAS.

Las enterradoras ó mulilleras pueden escogerse entre las cacheteras jubiladas.

Conviene que usen puntilla clandestinamente, á fin de rematar á los bichos que todavía se menean en la hora del arrastre. Hombres hay capaces de resucitar en la carnicería y de volver al coso, porque muchas veces quedan simplemente atronados ó se dan por muertos sólo por el pícaro gusto de sorprender á las matadoras.

Tales contingencias se evitan con facilidad cuando las enterradoras tienen práctica y saben por dónde viene la muerte. Muchas existen que por el movimiento de la oreja descubren la superchería de los hombres que se fingen cadáveres. Y conocido el ardid, mano al cachete.

Para mayor seguridad de la cuadrilla, aconsejo que los empleos de cacheteras y enterradoras se den á las suegras.

## MONAS SABIAS.

Generalmente se encargan de esta comisión las doncellas de labor y criadas de servicio.

No carece de importancia el modesto papel de mona. Las que lo desempeñan con habilidad y entusiasmo son muy útiles en los accidentes de la lidia. Llaman la atención del hombre para que acometa cuando se cierne en el engaño, y le distraen y le alejan cuando la picadora cae al descubierto.

Una monterilla de mona sabia echada con oportunidad al bicho, suele evitar una cogida.

En todos tiempos se ha distinguido esta clase de monas por su serenidad y arrojo no menos que por su desenvuelto porte y su alegría chispeante y simpática.

Monas hay que son una verdadera monería, y acaban con el hombre sin necesidad de cachete.

---

Cuando no pueda reunirse una cuadrilla entera, se repartirán equitativamente los papeles entre las lidiadoras disponibles.

Lo común es que no haya para cada corrida más que una ó dos diestras. Sin embargo, suele ser lo bastante. Voy á demostrarlo:

En las corridas de toros ordinarios las suertes se verifican sin interrupción, una detrás de otra, y son seis ú ocho los bichos que aparecen en el rondel. Pero en las corridas de hombres no va tan aprisa la lidia, suele correrse un hombre solo, y puede durar la función todo el tiempo que guste la interesante lidiadora. Estudiando de una manera concienzuda la tauromaquia femenina y ensayándose con una silla de Vitoria puesta enfrente del espejo, cualquiera mujer es capaz de torear dos ó tres hombres por semana. Y teniendo en cuenta que las precipitaciones taurómacas son fatales, y que para lidiar á un hombre de sentido se necesitan cinco ó seis trimestres, claro es que una regular lidiadora podrá picar, banderillar, matar, ca-

chetear y arrastrar al bicho con bastante desahogo, aunque no tenga la ayuda de una mona sabia.

Todo consiste en aprender bien las reglas por principios, y en probar las fuerzas y las aptitudes poco á poco. Después de saber de memoria la teoría y de ensayarse con objetos inanimados, se pasa á la verdadera práctica: hoy, un puyazo al primer hombre que se presente; mañana, un par de banderillas al aguador; pasado mañana, dos verónicas al portero; el domingo, un recorte al monaguillo de San Luís; el lunes, un galleo al repartidor de *El Imparcial*; el martes, un pase de muleta al dependiente de *La Isla de Cuba*; el miércoles, un pinchazo en hueso al novio de la vecina; el jueves, una media estocada al profesor de piano; el viernes, un golletazo al primo; el sábado, un buen descabello al casero, y así sucesivamente.

La tauromaquia es como las matemáticas, ó como cualquiera otra cosa de las que conviene aprender. Se empieza por el principio y se concluye por el fin. Digo, me parece. Así como para ser matemático hay que saber sumar, restar, multiplicar, dividir y etc., para ser diestra femenina hay que comenzar picando y concluir arrastrando. Todo es empezar: luego, con el gusto de la costumbre se va como una seda.

Muchas mujeres, ora por indolencia, ora por ex-

ceso de vanidad, no estudian á fondo la tauromaquia, ó se contentan aprendiendo una pequeña parte. ¿Qué resulta de esto? Que no rematan las suertes; que no pueden alternar con las lidiadoras legítimas; y que cuando piensan dar una estocada hasta la cruz, ponen medio par caído, y gracias que lo pongan.

En el estudio de la tauromaquia no hay términos medios: nada ó todo. La mujer que se planta en la suerte de banderillas y no sabe ni coger la muleta, se queda para vestir imágenes. Al hombre no se le rinde en los primeros tercios; cualquier ciudadano picado y banderilleado, se larga al corral, y como si tal cosa. Es indispensable acabar la faena, hasta la puntilla inclusive.

Las mujeres que no se casan deben esta desdicha á su falta de conocimientos taurómacos. Verdad es que hasta hoy no se conocía ningún tratado científico de la importancia y de la magnitud del presente. Las pobres solteras han vivido sin maestro, valiéndose tan sólo de su natural instinto lidiador y practicando el trasteo hereditario de nuestra madre Eva, que no es profundo, ni artístico, ni concienzudo. Así han menudeado las cogidas.

Ahora ya será otra cosa. La mujer que quiera estudiar este precioso libro, irá de cabeza á la calle de la Pasa, ó yo no sé lo que me pesco.



¿Y qué diré de las infelices casadas que, por falta de habilidades frascuelistas, no tienen marido, aunque parece que lo tienen? Ellas también se salvarán si aprenden mis lecciones.

Pero creo que me separo un poco del asunto esencial, y voy á encarrilarme.

---

Explicadas las circunstancias que deben concurrir en cada una de las individuos de la cuadrilla, toda mujer que necesite torear sola no ignora cuántas condiciones debe reunir para ejecutar las diversas suertes.

Pero además de la aptitud hace falta el estudio. Y éste, en la materia tauromáquica, abarca los siguientes puntos:

Ganaderías masculinas.

Diferentes clases de bichos (vulgo hombres).

Suerte de pica.

Suertes de capa.

Suerte de banderillas.

Suerte de matar.

Salto de la garrocha.

Salto al traspelo.

Recortes.

Parcheos.

Quiebros.

Floreos.

Reglas generales.

Observaciones.

Recursos.

Voces técnicas.

De todo esto voy á tratar con el detenimiento necesario, y á continuación reseñaré varias corridas históricas y pondré algunos ejemplos que servirán de enseñanza á las lidiadoras futuras.



SEGUNDA PARTE.



EL GANADO.



## GANADERÍAS MASCULINAS.

Me río yo de la bravura de los toros y de la fama de las ganaderías más célebres en los anales del toreo vulgar. Cuando un hombre de buena sangre dice *allá voy*, no queda en el redondel ni quien dé noticia del suceso. Afortunadamente para las lidiadoras se han ido agotando las castas bravas del sexo masculino con pantalones, y sólo quedan algunas dignas de particular mención y de ser comparadas con las principales castas de toros.

### ESTADO COMPARATIVO.

GANADERÍAS DE TOROS.

GANADERÍAS DE HOMBRES.

*Veragua*. . . . . Individuos de buena presencia, finos, arrogantes, confiados en su valor y su estampa.

Toman pronto el engaño, creciéndose mucho al castigo; desafían, y pocas veces vuelven la cara. Se ponen voluntariamente en suerte, acuden á todos los terrenos, y no suelen tomar querencia, porque su vanidad lo impide. Estos hombres se lidian como si se bebiere un vaso de agua.

*Aleas. Gómez. . . .* Muy buenos mozos, corredores y saltarines, duros y de empuje, pero con más sentido que los de la ganadería anterior. Dan algunos disgustos, porque llegan á los dos últimos tercios de la lidia muy enterados de lo que se trata. Son gente de respeto.

*Miura. Muruve. . . .* Hombres valientes y atrevidos, de pocas libras, jóvenes y voluntariosos. Llegan á la muerte algo cambiados y descompuestos, aunque sin gran malicia. Tienen más deseo que poder, sin duda por la poca edad.

*Ripamilán. Carriquiri* Tan pequeñitos como bravos. No se cansan de tomar varas. Al verlos salir al redondel parece que no van á dar juego, y lo dan. Hay que desconfiar de las apariencias.

*Concha y Sierra. Benjumea. Marlín. Pérez de la Concha. Núñez de Prado. González Nandín y otras ganaderías andaluzas. . . . .*

Hijos de la tierra de María Santísima y Jesús María y José, muy jacarandosos, engréidos y revoltosillos. Poco más ó menos reúnen las mismas condiciones que los hombres semejantes á los toros de Muruve y de Miura. Tienen más valor que fundamento. Pero en la confianza está el peligro de la cogida, y no vale descuidarse con estos andaluces.

*Justo Hernández. Manuel Bañuelos y otras ganaderías colmena-*

- reñas.* . . . . . Caballeros tan temibles como los que se parecen á los toros de Aleas y de Gómez. Poseen fuerza y mala intención, saltan por todo, y cuando se les descompone la cabeza no hay medio de lidiarlos.
- Patilla.* . . . . . Ciudadanos muy aficionados á pegarla con los picadores. Son valientes y codiciosos en todos los tercios, y se distinguen por el modo de señalar.
- Toros salamanquinos.* . . . . . Gente grande y robusta, con brazos como aspas de molino y profundos conocimientos gimnásticos. Su lidia es difícil, porque atienden más á su capricho que á los esfuerzos de las lidiadoras.

Los hombres que carezcan de las principales condiciones indicadas en la anterior explicación, serán descastados y pertenecientes á la ganadería mansa de los cuneros. A tales individuos no hay necesidad de torearlos: se les coge por las defensas, y siguen tranquilamente á las lidiadoras: son pobres



de espíritu, llenos de mansedumbre pascual, y obedecen á la voz de mando y se meten voluntariamente en el matadero. De esta raza degenerada salen los maridos *in partibus* y los primos de solemnidad.

---



## DIFERENTES CLASES DE BICHOS

(VULGO HOMBRES).

Al hablar de las ganaderías masculinas sólo he dado algunas señas generales para distinguir las castas. Ahora voy á indicar otras notorias diferencias que existen entre las diversas clases de hombres lidiables, y recomiendo mucho á las toreras que estudien con la debida atención esta parte de la tauromaquia.

Bueno es conocer las ganaderías, el origen de cada raza y la divisa de cada familia; pero este conocimiento debe considerarse como preliminar de otros importantísimos. El nombre no hace á la persona, y la sangre no es más que un agente secundario en la conservación de las castas.

Cuando los aficionados á toros van á ver lidiar los de Veragua ó los de Aleas, presumen, y con razón, que la corrida deberá de ser sobresaliente.

¿Por qué? Porque conocen la justa fama de que gozan ambas ganaderías. Pero no pueden asegurar que todos los toros serán buenos, ni es posible distinguir á primera vista cuál de ellos se llevará la palma. Los diestros, por su parte, sospechan cuáles deberán de ser las condiciones más distintivas de los bichos que van á lidiar, pero ignoran las cualidades especiales de cada uno de los toros. La verdad del caso no llega á averiguarse sino después que los cornúpetos han recibido la puntilla. Y esto sucede con animales criados esmeradamente, tentados con escrupulosidad y escogidos para la lucha. De los desechados por inútiles ó por cobardes, nadie habla ni se acuerda, pero nadie puede negar que pertenecen á la misma raza, á la misma familia, y que son tan Veraguas y tan Aleas como los enviados al redondel para sostener la honra del apellido.

¿Qué se deduce de lo expuesto? Que la sangre sólo es un agente secundario en la conservación de las castas y en las cualidades distintivas de las ganaderías.

Los padres pueden transmitir á sus hijos algo de lo que distingue su personalidad, mas no todo; y así se comprenden los trastornos y cambios en la naturaleza peculiar de cada familia y la degeneración de las razas.

En este punto, como en otros que me reservo por natural pudor, los hombres y los toros parecen una misma cosa. Mejor dicho: en materia de transmisiones sanguíneas y de herencias paternas, hay semejanza entre los toros y los hombres (1).

Pues bien: todo lo que acabo de manifestar, prueba que el nombre no hace á la persona, ni al objeto, ni al toro. Es útil averiguarlo, pero con el propósito de averiguar otras cosas de mayor utilidad y cuantía.

Se presenta un hombre en la arena, y la lidiadora sabe con facilidad que el hombre se llama Pedro Martínez, de la familia de los Martínez, de la casta de los Martínez: muy señor mío y de toda mi consideración. Buen apellido, buena familia, buena raza, gente no menos conocida en la sociedad que la ganadería de Veragua en los corrales. Pero ¿quién sabe cómo será este Martínez? ¿Qué podrá hacer este Martínez? Su papá y su mamá fueron personas muy honradas, lo cual no es impedimento para que el hijo de sus padres haga una picardía de marca mayor, si quiere hacerla. ¿Cómo evitarlo? Aquí de la tauromaquia.

---

(1) Esto me parece más culto. No dirán los hombres que no les guardo deferencias.

Los lidiadores masculinos tienen tomadas perfectamente sus medidas para contrarrestar las sorpresas. No hacen mucho caso de la procedencia del toro, porque hay cornúpetos marrajos y escépticos que se prevalen de la fama de su estirpe y cubren con el pabellón una colada suelta capaz de liquidar á un cristiano. Así, los verdaderos diestros, atienden á las obras del bicho, á sus cualidades individuales y á sus gracias innatas, dejando para mejor ocasión el examen de su partida de bautismo y de su árbol genealógico.

Pues esto, con relación á los hombres, deben hacer todas las mujeres. ¿Llegó el Martínez? ¿Se presentó el Martínez? Bien venido sea. Quedamos enterados del nombre y del apellido, y suponemos que un tatarabuelo de tan ilustre persona fue á conquistar la Tierra Santa; pero no estará demás echar un capote al tataranieto, y así se averiguará de qué lado cornea (1).

¿Y cómo, de qué manera, en qué forma podrá acometer el caballero Martínez? De varios modos que se contrarrestan de varias suertes, porque en la tauromaquia y en la doctrina para cada vicio hay una virtud.

Los hombres lidiables, sea cual fuere la gana-

---

(1) Acomete, quiero decir.

dería de que procedan, se dividen en doce clases muy distintas :

Abantos.

Bravucones.

Boyantes.

Revoltosos.

Burriciegos.

Ceñidores.

Ganadores.

Levantados.

Parados.

Aplomados.

Listos.

Sabios.

Cuando trate de las varias suertes de la lidia explicaré el modo de torear á cada hombre, según la clase á que pertenezca. En este capítulo voy á señalar únicamente los signos peculiares de cada uno de los grupos en que se dividen los hombres por sus mañas y costumbres al presentarse en el rondel.

No hablaré de la pinta, porque no hace al caso: el color de la piel importa muy poco. Sólo merecen particular mención los *jaboneros*, que suelen ser bastante feroces.

## ABANTOS.

Hombres medrosos por naturaleza, sin poderlo remediar, pero que no hacen bastantes méritos para ingresar en la ganadería de los mansos. Se distinguen de éstos porque pueden dar una cogida y los mansos nunca cogen á nadie. Son peligrosos, y conviene torearlos con mucha frescura y serenidad, sin apurarlos demasiado. Huyen desordenadamente, salen por todos los terrenos, atropellan á las lidiadoras cuando las tropiezan en el camino de la fuga, saltan la barrera, se meten dentro de los burladeros y con la mayor desvergüenza suben á los tendidos.

Nada es tan expuesto para una mujer como cortar la retirada á un hombre que tiene ganas de marcharse.

*Al enemigo que huye puente de plata*, dijo un célebre general, y lo dijo acordándose de los abantos.





PICAR POR DERECHO.



## BRAVUCONES.

Son de la especie y de la categoría de los abantos, aunque disimulan el miedo y gritan y se mueven mucho para hacer figura de valientes. Amagan y no dan, amenazan y no pegan, embisten hasta cierto punto, y son fecundos en palabras y fallidos en la ejecución. Engañan con las apariencias y asustan con los amagos; pero si comprenden que se les teme, atacan de verdad y saben aprovecharse de los descuidos y del terror de la cuadrilla. En tales casos, cuando al embestir cogen, se ceban con la presa mostrándose tan sanguinarios como cobardes.

Se usa con estos hombres la misma lidia que con los abantos de buena fe, mas no tan abierta, pues hay pícaro bravucón que se cuele por cualquier parte apenas ve un rayito de luz.

## BOYANTES.

Suelen serlo casi todos los individuos que la echan de conquistadores. Poseen valor impetuoso y franco, mucho amor propio y una malicia tan inocente que se les conoce sin dificultad. Claros y sencillos en el ataque, por causa de la exagerada confianza que tienen en su bravura y poder, se prestan á toda clase de suertes, van siempre por su terreno, siguen candorosamente el engaño y ofrecen á las lidiadoras multitud de ocasiones para lucirse.

La mujer que no sepa lidiar á esta clase de hombres no entiende ni una palabra de tauromaquia, y merece quedarse en el estado pulcro de doncella, á honesta distancia del matrimonio.

Los boyantes son el recreo de la cuadrilla, y el encanto de las matadoras. Muchas veces salen tan sencillotes que apenas dan juego.

## REVOLTOSOS.

Boyantes de buena ley, aumentados y corregidos. Se diferencian de los anteriores en que demuestran mayor codicia y empeño por coger. Se indignan contra sí mismos cuando se les escapa el objeto, y son más celosos que un turco y más bravos que un pimiento picante. De su natural precipitación y ciego empuje deben sacar partido las lidiadoras, pues nadie se presta tanto como los hombres revoltosos al remate clásico de las suertes y á la ejecución de todos los floreos de la tauromaquia. Entran y salen por el lugar que se les marca, rápidos y limpios, cual si estuvieran domesticados y enseñados, pero se revuelven en un palmo de terreno y cuando no ven el percal acometen al bulto.

Al torear á éstos y á los boyantes de género simple, nunca se debe olvidar que al fin son hombres.

## BURRICIEGOS.

Es muy necesario conocer esta clase de bichos. Los hay de tres clases :

Bisojos, que parece que miran al plato y miran á la botella.

Míopes, que no ven más allá de sus narices, pero que ven demasiado desde la nariz hasta los ojos.

Présbites, que no ven nada de cerca y ven muchísimo de lejos.

Para conocer á cuál de estas tres clases pertenece el hombre, hay que darle un capotazo junto á la oreja izquierda y otro de frente, aunque tampoco estará demás un capotazo á la derecha. Son fieras de algún cuidado para la lidia, y muy peligrosas cuando no se les averigua la clase.

Conviene saber que muchos hombres parecen burriciegos y no lo son, porque se ha desarrollado de una manera lamentable el uso de los lentes.

## CEÑIDORES.

Se llaman así los que toman con nobleza al engaño, y se ciñen mucho, acaso porque se aquerencian con la lidiadora. No tienen demasiada malicia, pero es tanta su voluntad que pisan el terreno de la diestra y se arriman al bulto como si les guiara la más dañina intención.

A estos hombres no se les dan pases de pecho, sino con riesgo de cogida, porque se meten mucho y al escupirse de la suerte rozan los alamares. Parando bien los pies, y extendiendo desahogadamente los brazos, la brega con los ceñidores puede resultar muy vistosa.

Siempre que una diestra sea desarmada en los pases ó en los quites cuando lidia á un hombre ceñidor, hará bien en tomar á toda prisa el olivo, aunque sea tirándose de cabeza, porque si el bicharraco ve el cuerpo descubierto la cogida es segura.

## GANADORES.

Son los que ganan terreno por inclinación natural ó por conocimiento de causa.

En el primer caso no deben considerarse muy temibles, porque desde el principio hasta el fin de la lidia ganan terreno al partir, siempre en la misma forma, y de una manera inconsciente. Se toman precauciones para evitar el corte en el punto de rematar los lances, y no hay cuidado.

Lo grave es cuando la fierecilla no corta el terreno al principio de la función, y quiere cortarlo después. Demuestra entonces que se ha hecho maliciosa y que comprende el juego. Y lo peor que le puede ocurrir á una diestra es tener que haberse las con un hombre que se ha comido la partida.

Mucha inteligencia es menester para salir airoso en este último caso. Pero todo lo puede el arte.



## LEVANTADOS.

Generalmente, todos los hombres se presentan levantados al salir del chiquero y se mantienen en la misma disposición hasta la mitad del primer tercio de la lidia. Pero hay algunos que continúan levantados hasta el fin. Estos, aunque conservan todos sus pies, no son temibles por la intención ni por los resabios; nunca se revuelven, atropellan más bien que cogen, y brincan sobre el bulto caído. En la rapidez de sus movimientos y en la velocidad de su carrera está el único peligro, porque acuden muy pronto y apenas dan tiempo para armarse y para rematar las suertes.

La lidiadora que no tenga muchos pies debe torear á los levantados empleando el sistema de recortes.

Los jóvenes, y particularmente los colegiales en tiempo de asueto y al terminar la carrera, están siempre levantados.

## PARADOS.

En el segundo tercio de la función se paran casi todos los hombres, á consecuencia de la fatiga del primer tercio y del rigor de la puya. Más tranquilos y más enterados de cuanto les rodea, empiezan á desplegar sus cualidades especiales, y se prestan con mayor sosiego á las suertes de la tauromaquia. Conservan parte de las piernas y sienten algo templado su vigor juvenil, pero lo que no va en lágrimas va en suspiros, porque ven lo que antes no veían y empiezan á ilustrarse con la enseñanza del castigo.

Muchos hay que salen parados y que continúan así hasta que se mueren.

Las diestras torearán á esta clase de hombres observando con atención sus costumbres y las que-rencias que toman en el redondel; y podrán descansar poniéndose á larga distancia, porque ningún parado acomete á lo que se le pone lejos.

## APLOMADOS.

Los hombres aplomados son bastante peligrosos y poco divertidos. Suelen aplomarse en el último tercio, aunque hayan salido levantados del toril. Pero ningunos resultan peores que los que tienen metido el plomo en el cuerpo durante toda su vida. Se mueven con mucha tranquilidad, lo miran todo con olímpica indiferencia, no hacen nada por los objetos lejanos y lo menos posible por los que tienen á su alcance, rehusan acometer, se salen de las suertes, toman cualquier terreno con más gusto que el suyo, y cuando se ven muy apurados, se tapan.

Afortunadamente son querenciosos, y la lidiadora debe aprovecharse de esta circunstancia favorable, y que acaso es la única. Todo hombre aplomado debe morir en el terreno de su querencia.

## LISTOS.

Son hombres dotados por la naturaleza de muchísimos pies. Parece que tienen el entendimiento en las patas. Acometen á todo lo que se les presenta, parten desde muy lejos, arrollan cuanto se les opone, y lo mismo se van al engaño que al bulto y á las de á caballo que á las de infantería. Saltan la barrera como los toros salamanquinos y rebrincan y se revuelven de un modo fenomenal.

Para lidiar á estos caballeros no hay más recurso que los lances de capa. Es preciso destroncarlos á fuerza de navarras, de galleos y de verónicas. Hasta que se les quita la ligereza no se les pone en suerte, porque á medida que pierden los pies pierden el entendimiento. Y sabido es que para que un hombre se enamore con todo su corazón necesita dejarse el entendimiento en alguna parte.

## SABIOS.

Estos son los peores. Desde que pisan el redondel están en el secreto. Ven todo lo que quieren; se hacen de sentido, porque el sentido común nunca les abandona; son rezelosos, economizan su poder y conservan sus facultades; rara vez miran á los capotes; parece que toman el engaño y acometen al bulto. Defienden su jurisdicción con muchísima picardía; se entableran á las primeras de cambio, y suelen dar coces.

Para llevarlos á los medios hay que ponerles una banderilla desde la barrera. Si se ven muy acosados toman el trote cochinerero con la cabeza levantada, y se están andando seis meses seguidos pegados á las tablas. Son filósofos oportunistas; desprecian los cites; arrancan al menor descuido; se cuelan sueltos; no quieren echarse á ninguna hora, y cuando se empeñan en vivir parecen inmortales.

Con éstos vale más la suerte que todas las tauromaquias.



# TERCERA PARTE.

---

## EL TOREO.

LECCIONES DE TAUROMAQUIA VULGAR

*aplicables á la lidia de caballeros.*

*Resumen científico de todas las grandes obras del arte, pasadas,  
presentes y futuras.*





## SUERTE DE PICA.

---

Con relación á la suerte de vara los hombres se dividen en seis clases principales, á saber :

Abantos.

Boyantes.

Pegajosos.

Recargadores.

Blandos.

Duros.

Los abantos se ciernen delante de la picadora y rara vez toman la puya, pero tiran derrotes con el propósito de desarmar.

Los boyantes no se entretienen en dibujos y acometen de veras entrando y saliendo como corresponde.

Los pegajosos no toman la salida, y después de recibir el puyazo tratan de desarmar para vengarse luego á mansalva.

Los recargadores hacen que se van, y vuelven;

guardan sus fuerzas para la segunda acometida y se aprovechan de los menores descuidos.

Los blandos vuelven la cara y dan respingos al sentir el hierro, y no insisten en el ataque.

Los duros se crecen al recibir el castigo y devuelven ciento por una.

Estas condiciones de los hombres lidiables se revelan al ponerles las dos ó tres primeras varas. En vista de ellas y de las cualidades á que me he referido en el capítulo anterior, que se demuestran cuando sale el bicho y toma los capotes, hará la picadora su composición de lugar para tratar á cada señorito con los miramientos que le correspondan.

## MODO DE PICAR A HOMBRE LEVANTADO

Se esperará la salida de la fiera poniéndose á unas diez varas del toril, con la menor jindama posible.

Cuando el hombre llegue á jurisdicción, se le plantará la vara en cualquier parte, dejándose caer sobre el palo en postura casi vertical, que es preciosa, sesgándose al mismo tiempo, á fin de presentar libre la salida; y ya está hecha la suerte.

## MODO DE PICAR EN LINEA RECTA.

No se debe intentar mientras la alimaña conserve todos sus pies. Verifícase por el procedimiento ya explicado, aunque citando más de frente y con mucha más vara; y en vez de esperar á que el hombre tome la salida, la tomará desde luego la picadora.

## MODO DE PICAR AL HOMBRE

### ATRAVESADO.

Se ejecuta cuando la fiera se aploma y demuestra poca voluntad y su miñajita de asco al castigo. Presentándole el costado para que se sorprenda con la novedad y sacando muy poca vara, es fácil conseguir que el animalito entre por uvas. Hay que salir por pies.

## MODO DE PICAR POR SORPRESA.

Cuando el hombre está distraído en el ruedo y no mira á la picadora, se le cogen las vueltas de la

mejor manera posible, largándole el puyazo al sesgo y saliendo de estampía un poco antes de que el infeliz se entere.

### MODO DE PICAR FUERA DE CACHO.

Este es de mi invención. Puesta la picadora á quince ó diez y seis varas distante del hombre, le arrojará la pica, después de apuntar con serenidad y buen ojo. No hay suerte menos expuesta ni más bonita. Puede ejecutarse desde el palco de la presidencia, si la picadora es mujer de brazo.

### MODO DE PICAR A CUBIERTO.

Cualquiera de las anteriores suertes verificada debajo de un paraguas.

*Nota.*—El paraguas debe estar abierto.

## SUERTES DE CAPA.

---

Las suertes de capa se dividen en dos clases: trasteos y lances (1).

**Trasteos:** Las suertes que se ejecutan con el capote para correr al bicho, hacerle variar de posición y quitárselo á la picadora.

**Lances:** Las suertes que tienen por objeto parar los pies al hombre.

### TRASTEOS.

*Echar un capote.*—No hay más que cogerlo por una punta y desplegarlo en las narices del individuo, acercándose mucho si es míope. Cuando el sujeto recoja la alusión, se sale pitando. Habrá

---

(1) Algunos matemáticos llaman suertes á los lances. No me opongo á esta definición, porque cada filósofo tiene su modo de trastear.

que recortar unas miajas, en el caso posible de que el aludido gane terreno. Las chulas extraviadas (1) son útiles para largar capotes, pues con un ojo van observando á la fiera y con otro miran al suelo por si hay cáscaras de naranja.

*Correr por derecho.* — Apenas la víctima se distraiga un poco, llegará la chula y le citará con el capote por retaguardia, saliendo en seguida como caballo desbocado, en línea recta, flameando el percal hasta dar de bruces contra el estribo.

*Quitas.* — Se mete la capa entre la picadora y el hombre, suplicando á éste que tenga la bondad de volver la cabeza; y si hace caso se le da una larga (2), una media verónica ó un recorte, para que no se disguste. Si no hace caso, se le coge por la levita. Cuando el hombre sea codicioso y recargador, habrá que dejarle tranquilo hasta que se aburra.

En todos los expresados trasteos la lidiadora se mantendrá algo distante del enemigo; no mucho; nada más que lo necesario para no ser cogida.

Observando esta regla se puede torear con seguridad.

---

(1) Quiero decir las que padecen de estrabismo.

(2) Es lo mismo que una corta, pero alargándola.

## LANCES.

*Verónica.*—Tomarás el capote con las dos manos como si fueses á ponértelo para no constiparte. Llamarás á la res por su nombre de bautismo, y si la res no acude, te irás á tu casa. Si acude, sacarás el capote por donde Dios te dé á entender, y repetirás la operación hasta que le tomes el gusto.

*Navarra.*—Te prepararás como en la suerte anterior, y cuando acometa la criatura la vaciarás por cualquier lado, y al mismo tiempo darás con mucha rapidez una vuelta. Mientras el hombre ande preguntando lo que ha ocurrido, te pondrás en disposición de dar otro lance.

*Tijerilla.*—Es una especie de verónica con los brazos al revés. Entendámonos: con el brazo derecho tomarás el lado izquierdo de la capa, y viceversa. Y saldrás de este lío como lo juzgues oportuno.

*De costado.*—Presentarás uno de los flancos al enemigo, tapándote con el capote. Una mano sobre el corazón, y la otra, con su correspondiente brazo, extendida hacia el prójimo, cual si trataras de pedirle dinero. Así que embista el sobredicho, le presentarás todo el percal echándolo hacia fue-

ra, y recogiénolo á continuación para que no se lo lleve, podrás quedarte adentro como si en tu vida hubieras roto un plato.

*De frente por detrás.*— Es una verónica de retaguardia, que consiste en presentar la espalda cubierta con el capote desde la cintura abajo, dando el remate con una vuelta para repetir el juego. Suerte muy graciosa, si has entendido la explicación.

*Galleos.*— Cogeras el capote como para el lance de costado; te irás al bicho describiendo una curva, y saldrás del embroque del mejor modo que puedas. El asunto es que no te pesquen.

Hay muchas clases de galleos, que sólo varían en la manera de llevar la capa y de engañar al avechucho, pero todos se hacen recortando, aunque otros se hacen sin recortar. Uno de los más bonitos, que es muy higiénico cuando la tarde está fría, consiste en ponerse el capote sobre los hombros ó sobre el moño, llevándose detrás al inglés y flameando el percal.

Es de muchísima gracia, y se llama *el bu*. Debe ser fácil, porque todo el mundo sabe hacerlo.

*Nota.*— Las suertes de capa se harán con las variaciones necesarias que pida cada fiero en su clase, y lo mismo las demás suertes. Lo que voy á decir servirá de norma para todas las contingencias de la lidia.



No hay que desconfiar de los hombres boyantes: ellos se prestan con la mejor voluntad á cuanto se les pide.

Los revoltosos exigen que se les dé mucho más campo.

A los que ganan terreno se les tomará sobre corto.

A los de sentido hay que hartarlos de capa.

A los abantos, cuanto más cerca mejor.

A los bravucones debe dejárseles libre el terreno de afuera.

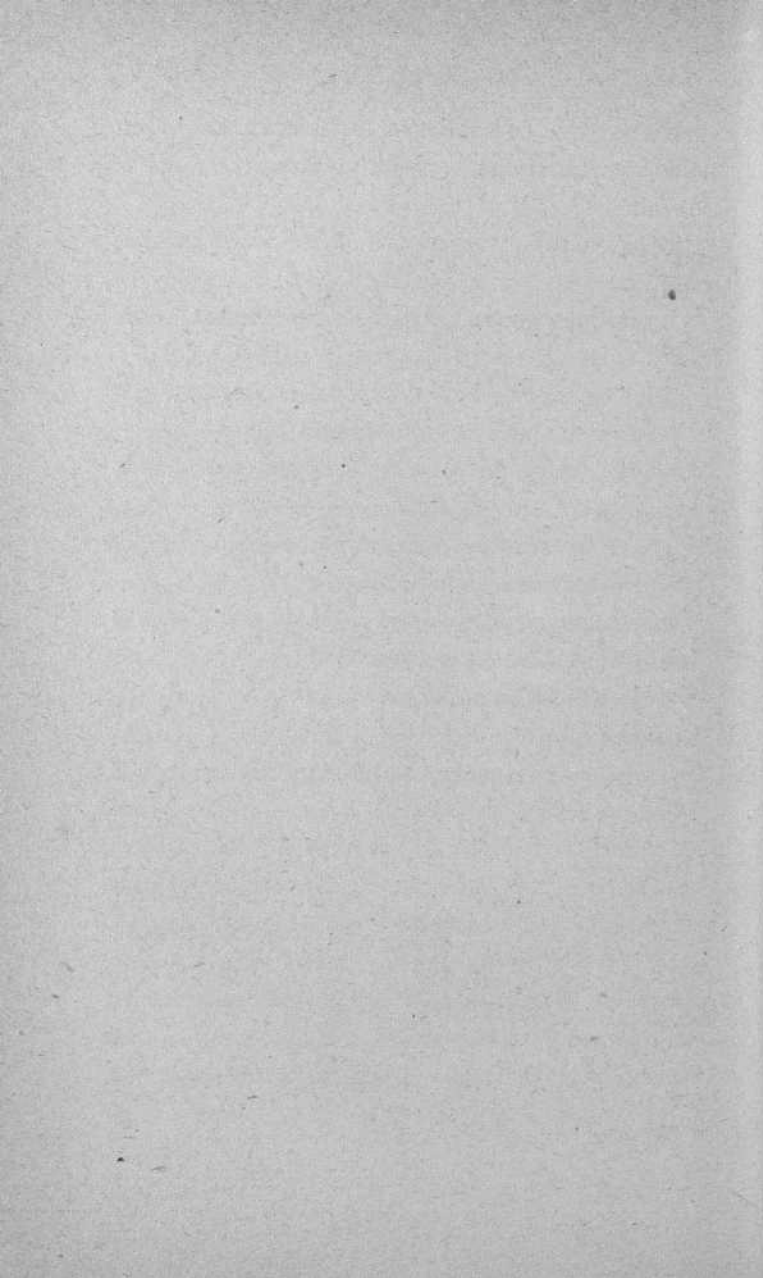
Los levantados se torear como los abantos.

Los listos, como los de sentido.

Los burriciegos, míopes y bisojos se tomarán desde lejos para que no vean.

Los burriciegos présbites, al revés, con el mismo objeto.

A los que se ciñen se les empapa con el trapo, ó con agua fresca.



## SUERTE DE BANDERILLAS.

---

Las banderillas se ponen de los siguientes modos:

Al cuarteo.

Á la media vuelta.

Á topa carnero.

Al sesgo.

Al recorte.

Al quiebro.

Al planeta.

Á la atmósfera.

Por carambola.

Lo principal en esta suerte es poner las banderillas, aunque sea en cualquier sitio: todo se permite menos quedarse con ellas en la mano.

## BANDERILLAS AL CUARTEO.

Tomarás un par de banderillas que tengan buena punta, humedecerás el hierro con la lengua, y te colocarás cerca del hombre, á distancia de un kilómetro, poco más ó menos, según los casos, y con arreglo á los antecedentes de la persona.

Citarás al monstruo, mandándole que te mire y no se mueva. Y suponiendo que él esté con la cabeza al Norte y tú con el polisón al Sur, te dirigirás al Oeste, con el objeto de llegar antes. Si llegas, en el momento crítico de la conjunción clavas las banderillas volviendo la ruborosa faz para no ver donde las clavas, y sales por pies ó gateando.

## BANDERILLAS Á LA MEDIA VUELTA.

Te acercas á la res por su espalda, andando de puntillas, tarareas un himno patriótico para llamarle la atención (1), y cuando ella vuelva la fren-

---

(1) El himno debe ser adecuado á la opinión política del personaje y á su respectiva nacionalidad.

te, le clavabas los palos y te vas. No hay cosa más fácil.

### BANDERILLAS A TOPA CARNERO.

Dirígete en línea recta al sitio del peligro, aguarda de frente y con serenidad la acometida del hombre, plántale los rehiletes hurtando el cuerpo de cualquier modo, y huye. Si en lugar de huir prefieres quedarte, nadie te lo impedirá.

### BANDERILLAS AL SESGO.

No pueden ponerse más que á los señoritos aplomados ó que han tenido la desgracia de perder los pies. Hay que tomar carrera y pasar muy arrimada al hombre cuando éste no vea venir á la lidiadora. Se clavan los palos y se continúa el viaje.

Puede suceder que el individuo mire por casualidad á la banderillera y la diga: «te veo de venir». Entonces se le dice: «tiene Vd. una mancha en el tirante de la bota.» Como es natural, el individuo baja la cabeza para ver la mancha, y se pone en suerte.

## BANDERILLAS AL RECORTE.

Hay que irse al bicho, tomarlo de frente y recortar, plantándole las banderillas en el momento en que él da su hachazo y la lidiadora quiebra. Como la buena ejecución de la suerte depende de la simultaneidad de los tres movimientos, convenirá que la banderillera y la res se pongan de acuerdo en el toril.

## BANDERILLAS AL QUIEBRO.

Quiebro y recorte vienen á ser la misma cosa cuando se verifican á cuerpo limpio. Hago distinción entre la suerte anterior y la que ahora voy á explicar, llamando recorte al quiebro que se ejecuta yendo á buscar á la alimaña; y quiebro, al que se verifica á pie firme aguardando la embestida del hombre.

Para banderillar al quiebro se juntan las bases del edificio, se apostrofa al ciudadano en plaza, se le deja llegar á jurisdicción, y marcándole la salida por la dercha, merced á un quiebro de cintura se endereza el cuerpo rápidamente para que resul-

te incólume, y de paso se ponen las banderillas ó se hace como que se quieren poner.

Hay quien verifica esta habilidad metiendo ambos pies dentro de una tinaja ó sentándose en un sofá. Es variación de mucho efecto, porque la banderillera sale limpia y el hombre cae en la tinaja ó se queda recostado en los almohadones.

### BANDERILLAS AL PLANETA.

Suerte que ahora está muy en uso. Consiste en amagar con las banderillas al hombre y ponerlas en el suelo. Á muchas lidiadoras les parece que da lo mismo.

### BANDERILLAS Á LA ATMÓSFERA.

Se considera como una variante de la equivocación anterior. En lugar de banderillar al caballero, se tiran los palos al aire para que pinchen donde gusten. No es suerte menos acostumbrada que la del planeta.

## BANDERILLAS POR CARAMBOLA.

Pertenece al género de las contingencias imprevistas. La lidiadora se dirige al varón, pero una amiga oficiosa tiene la oportunidad de atravesarse en el camino y recibe las banderillas. También puede ocurrir que la banderillera tropiece con el hombre y vaya á parar al palco del Ayuntamiento y caiga con los palitos sobre los rubios de una concejala. Se dan casos.

---



## SUERTE DE MATAR.

---

Se divide en cuatro partes ó tiempos.

Primero: el Brindis.

Segundo: los Pases de muleta.

Tercero: las Estocadas.

Cuarto: el Descabello ó la Puntilla.

### PRIMERA PARTE.

«Brindo por usía, etc.»—Pueden tomarse como tipo los brindis de Frascuelo, que son breves y compendiosos. Sin embargo, lo mejor es que cada señora espada lleve su papelito ó endilgue á la Presidenta una improvisación desahogándose contra los hombres. En este asunto nunca puede faltar materia á las indignadas lidiadoras.

## SEGUNDA PARTE.

Tan pronto como devuelva el saludo la Presidenta, se dirigirá al hombre la lidiadora, siempre por el camino más largo, para ver si quiere la casualidad que se muera el bicho con anticipación.

Suponiendo que continúe vivo, la espada le saludará cortésmente y le pasará de muleta ateniéndose á las circunstancias.

*Pase natural.*— Naturalmente, casi todas las diestras suelen empezar con este sencillo pase. En haciéndolo con naturalidad, ya está hecho. Si no se hace así, resultará un pase desnaturalizado. Consiste en ofrecer la muleta al bicho, como si se le ofreciera otra cosa, y cuando él se determine á tomarla, hurtaráse el trapo llevándolo hacia el polsón, y el hombre deberá quedarse como quien ve visiones.

*Pase de pecho.*— Es lo mismo que el natural, pero todo lo contrario. Se descubrirá un poco la fisonomía de la pechera, con lo cual se alucina el hombre y particularmente los codiciosos, y la lidiadora volverá á quedarse en la precisa actitud para continuar el trasteo.

*Pase por alto.*— Variante de los anteriores, que se



BANDERILLAS AL QUIEBRO.



ejecuta alzando más los brazos á fin de que el caballero levante el testuz.

*Pase por bajo.*— Al revés del pase por alto; se hace para que humillen el morro los hombres que se encampanan.

*Pase en redondo.*— Es un natural prolongado hasta que se quiera: consiste en dar vueltas con la mano junto al polisón, llevándose detrás al bicho, cual si se jugara con él al corro. Es de mucho efecto, sobre todo con los boyantes y los que se ciñen.

*Pase cambiado.*— Se presenta la muleta en facha como para dar un natural, y se da uno de pecho al tiempo de la acometida. Estos pases deben traerse preparados desde la barrera.

*Pase de oreja á oreja.*— Ello mismo lo explica: es un medio pase que no quiere decir nada.

*Pase de nariz á talón.*— Como si se quisiera abrigar al hombre con la muleta. Son pases que destronan mucho, porque la res se queda mirando al cielo y con el cuerpo arqueado.

*Pase por todo* (passe-partout, en francés).— Suelen darlos muchas espadas sin saber que los dan; son muy usados por las que se aturden. Es lo mismo que pasar al hombre por cualquier parte, así por la cabeza como por las corvas.

Todos los referidos pases se dan con la mano de-

recha cuando no se dan con la izquierda, y viceversa.

### TERCERA PARTE.

Así que el hombre, de resultas de los pases de muleta, se cuadre como los reclutas y tome un aspecto inofensivo, la lidiadora le soplará la estocada.

Las estocadas son de tres clases: malas, medianas y buenas. Mala, si resulta un pinchazo; mediana, si deja medio muerto al hombre; y buena, si le mata en el acto.

Además, se dividen en cuatro categorías: limpias, sucias, atmosféricas y tendidas. Limpias, si se dan en la cruz; sucias, si se dan en cualquier parte; atmosféricas, si no se dan; tendidas, si la espada va á parar al tendido y se clava en una espectadora.

Después de estas divisiones genéricas, hay otras que se refieren á la manera de ponerse en suerte para dar la estocada. Y son:

Á volapié.

Aguantando.

Recibiendo.

Á paso de banderillas.

Á hombre parado.

Á un tiempo.

A la carrera.  
En las tablas.  
Al revuelo.  
De combinación.

### ESTOCADA A VOLAPIÉ.

En echando á volar los pies no hay más que pedir. Se ejecutará cuando el hombre no se mueva, y con más motivo si el caballero está cojo. Conviene dar un paso atrás ó sacudirse la zapatilla derecha, porque ambos procedimientos se han puesto en moda por los profesores taurómacos.

### ESTOCADA AGUANTANDO.

Siempre que al echarse la diestra hacia adelante se vea sorprendida por igual movimiento de la fiera, no deberá escupirse de la suerte y salir por pies, sino aguantar como una señora y aprovecharse del embite para clavar mejor el hierro. Pero hay que saber aguantar hasta cierto punto y dar la salida con oportunidad.

### ESTOCADA RECIBIENDO.

Se meterá uno de los pies en el terreno del hombre, dejando el otro fuera. Se apuntará bien con la espada, y se le dará una cita al sujeto, sea por escrito ó de palabra; ó judicial, en los casos desesperados. Y cuando el personaje acometa se le clavará el estoque sin mover los pies ni para estornudar, y resulte lo que resulte.

### ESTOCADA Á PASO DE BANDERILLAS.

Se toma el paso de las banderillas, se pasa de parte á parte al hombre, y ya se ha salido del paso.

### ESTOCADA Á HOMBRE PARADO.

Es la que se da á los señoritos que se aploman y no hacen nada por la diestra. Como suele haber seguridad de que se estarán quietos, con arrimarse y pinchar está terminado el asunto.



## ESTOCADA Á UN TIEMPO.

Se da cuando la matadora y el sujeto arrancan á la vez y chocan en el camino. Apuntando bien y teniendo la suerte de coger en los blandos, resulta una estocada de Pepe y doble v de corazón.

## ESTOCADA Á LA CARRERA.

La lidiadora se situará cerca del individuo, á unas cuatrocientas varas de distancia; tomará carrera, y pasará por delante del hombre lo mismo que una exhalación; y claro está que podrá herir fácilmente, porque cuando el personaje quiera hacer algo ya estará la diestra concluyendo de cenar.

## ESTOCADA EN LAS TABLAS.

Se da cuando el animal se entablara, y aunque parece comprometida no suele serlo: porque, una de dos: ó está ó no está entablada la res; si no lo está, es inútil recurrir á tal estocada, y si lo está no abandonará los tableros, y el desentablerador que la desentablare gran desentablerador será.

## ESTOCADA AL REVUELO.

Verifícase con el auxilio de una chula. Esta echa el capote al rinoceronte y le distrae. Llega la espada por detrás del infeliz, andando como si le apretaran las botas, y clava el pincho en las costillas del caballero, dándole una de las sorpresas más extraordinarias que se conocen.

## ESTOCADA DE COMBINACIÓN.

Colócase el estoque en el suelo con la empuñadura entre dos ladrillos y la punta hacia arriba. Retírase toda la *troupe*, dejando solo al hombre, y éste, atraído por la curiosidad, se acerca al acero y lo olfatea. En el mismo instante gritan todas las lidiadoras á la vez, y el hombre vuelve el rostro y se olvida de lo que ha visto. Entonces sale la matadora y cita de frente á la víctima, ésta se revuelve para acometer, y se clava el hierro.

La estocada de combinación puede variarse de muchos modos. Tiene la ventaja de que no es peligrosa.

## CUARTA PARTE.

Cuando el hombre, á pesar de haber recibido una buena estocada ó muchos pinchazos, tiene la pretensión de no darse por muerto, la lidiadora debe intentar el descabello, buscando el punto más sensible de cada señorito.

Si se ejecuta dicha suerte estando el hombre en pie, será descabellar. Si el hombre está de hinojos ó reclinado en la fresca arena, será atronar.

Los intentos de descabello no deben pasar de veinticinco. Aunque no faltan profesores que se exceden algo en la práctica.

Es muy importante la suerte del descabello, porque cuando un hombre queda bien descabellado ya no da pie con bola.

La acción de casarse, que es la más descabellada que se conoce, la cometen siempre los novios cuando sus novias aciertan á pincharles en el punto sensible del testuz.

---

En el caso probable de que la matadora no sepa descabellar, ó en el caso frecuente de que el lidiado se tenga por difunto y doble la choquezuela,

llegará su vez á la puntilla ó cachete. La puntillera cumplirá su misión al primer golpe ó al golpe número quinientos, y

R. I. P.

---

Vienen luego las enterradoras ó mulilleras, provistas, como ya dije, de su correspondiente cachete, ó sea puñal de misericordia, para rematar á los semi-difuntos. Y después de que el hombre esté bien muerto y bien enterrado, la cuadrilla se retirará á su domicilio luciendo la capa de paseo y las divisas arrancadas á las víctimas inocentes.

Y hasta otra.

## SALTO DE LA GARROCHA.

Tomarás una pica y te irás en derechura al hombre, preparándote á saltar por encima de su cabeza después de apoyar el hierro en la arena. Pueden ocurrir dos cosas: que el hombre se asuste al verte llegar armada, ó que se irrite por la misma razón. En el primer caso, y también en el segundo, te conviene saltar; porque si no saltaras, no darías el salto de la garrocha; y no dándolo tú, me parece inútil que te lo explique yo.

Procurarás no caer de boca después de dar el salto; lo más prudente es caer de pie y salir por piernas. No estará demás que te lleves la pica; te servirá para repetir la suerte si te acosa el hombre, ó para hacer palillos.



## SALTO AL TRASPELO.

Te irás al hombre, á cuerpo limpio y sin polisón, avisándole anticipadamente para que él lo sepa y trate de cortarte el terreno. Le dejarás que corte á su gusto, y en el momento de la intersección crítica, si él baja la cabeza, saltarás por encima de ella, rozándole el pelo con el tacón de la zapatilla. Si no quiere bajar la cabeza, le dices que no vale, y vuelves á repetir la suerte hasta que salga bien.

Es un ejercicio de los más vistosos, porque el desdichado, como te ve llegar indefensa y metiéndote en su jurisdicción, cree que te va á enganchar, y considera la fisonomía que pondrá cuando note que se ha llevado chasco.

Pero si el individuo te engancha, el chasco es para tí.

al hombre  
le anticipaban  
falta el terreno  
en el terreno



## RECORTES.

Los recortes se diferencian de los galleos porque se hacen á cuerpo limpio, mas no por otra cosa.

En ambas suertes hay que burlar al hombre hurtando el cuerpo para evitar el hachazo: pero el galleo se hace con el auxilio del capote ó de otro engaño parecido, y el recorte se da sin más auxilio que el de la Providencia celeste.

Se recorta de muchos modos; de frente y á la media vuelta; por la espalda y atravesándose, yendo en busca de la alimaña ó dejándola llegar al terreno de la lidiadora. Lo importante del caso es verificar la suerte con limpieza, sopena de llevar una limpia de padre y muy señor mío.

Hay toreras que no saben hacer recortes más que de papel, y esta es señal de que han perdido los papeles.



## PARCHEOS.

No hay cosa tan divertida para la mujer como poner un parche al hombre sin que éste pueda averiguar por dónde le ha venido.

Se entra en la suerte de igual modo que para las banderillas, llevando en una mano un parche pegadizo con la sustancia que se quiera, y al encontrarse con la res se le pone la cataplasma en la frente.

Los parches deben ser de colores, y adornados con cintas, pues así queda el ciudadano mucho más vistoso.

En esta, como en todas las habilidades que se ejecutan sin engaño, el hombre acomete con mayor confianza, y la burla resulta doblemente peregrina.

Pero también es doblado el peligro de la torera si se deja coger.



## QUIEBROS.

En la suerte de banderillas al quiebro dije algo que se refiere á este asunto.

El quiebro legítimo debe darse sin mover los pies y sin ayuda de ninguna clase. Cuando se da con el capote ó con la muleta, se llama cambio.

La síntesis del verdadero quiebro se define así: marcar la salida al animal por un lado y dársela por el otro.

Para que la diestra salga con lucimiento en ejercicio tan comprometido, necesita mucha flexibilidad de cintura, ver venir, cierta prosopopeya y bastante valor.

La suerte del quiebro es tan difícil como lucida; pero tiene sus quiebras. Las señoras de alguna edad ó de excesivo peso no deben arriesgar su interesante persona en una empresa tan quebradiza.



## FLOREOS.

Citaré algunos de los más principales, que servirán de norma á las diestras para inventar otros.

*El de la zapatilla.*—Consiste en quitarse con disimulo una zapatilla y golpear con ella los hocicos del hombre cuando éste se halle en un momento de reflexión profunda.

\*  
\* \* \*

*El de la montera.*—Si la lidiadora tiene completamente dominado al hombre y sabe que puede darle una estocada hasta la cruz, previamente tirará la montera al suelo, como para hacer coraje. No hay floreo más eficaz ni más preferido del vulgo. Los profesores de tauromaquia lo emplean con demasiada frecuencia, ó cuando están libres de cacho, que es casi siempre

\*  
\* \* \*

*El del pase de pecho.*— Á los hombres que parecen babosas y entran y salen como si fueran borregos resignados con su desdicha, se les dan pases admirables, preparándolos desde el día anterior. No hay más que poner la espada detrás de la muleta, describir un arco terrestre, y dar el pase metiendo en seguida el pie en el terreno de la víctima, con lo cual parece que la diestra se ha ceñido mucho. El efecto de estos pases imaginarios encanta á los bobalicones, sobre todo cuando son de pechuga. Su habilidad consiste en ponerse á medio kilómetro del hombre y hacer ver que se le roza con la chaquetilla.

\* \* \*

*El de los sombreros.*— Toda maestra en el arte debe tener algunos amigos que le echen sombreros á la plaza cuando parezca que se ha lucido. Este floreo de combinación suele proporcionar ovaciones inverosímiles. Convendrá que la lidiadora sepa devolver los sombreros con bastante gracia. No estará demás que los alabarderos echen una bota de vino como variante de la suerte.

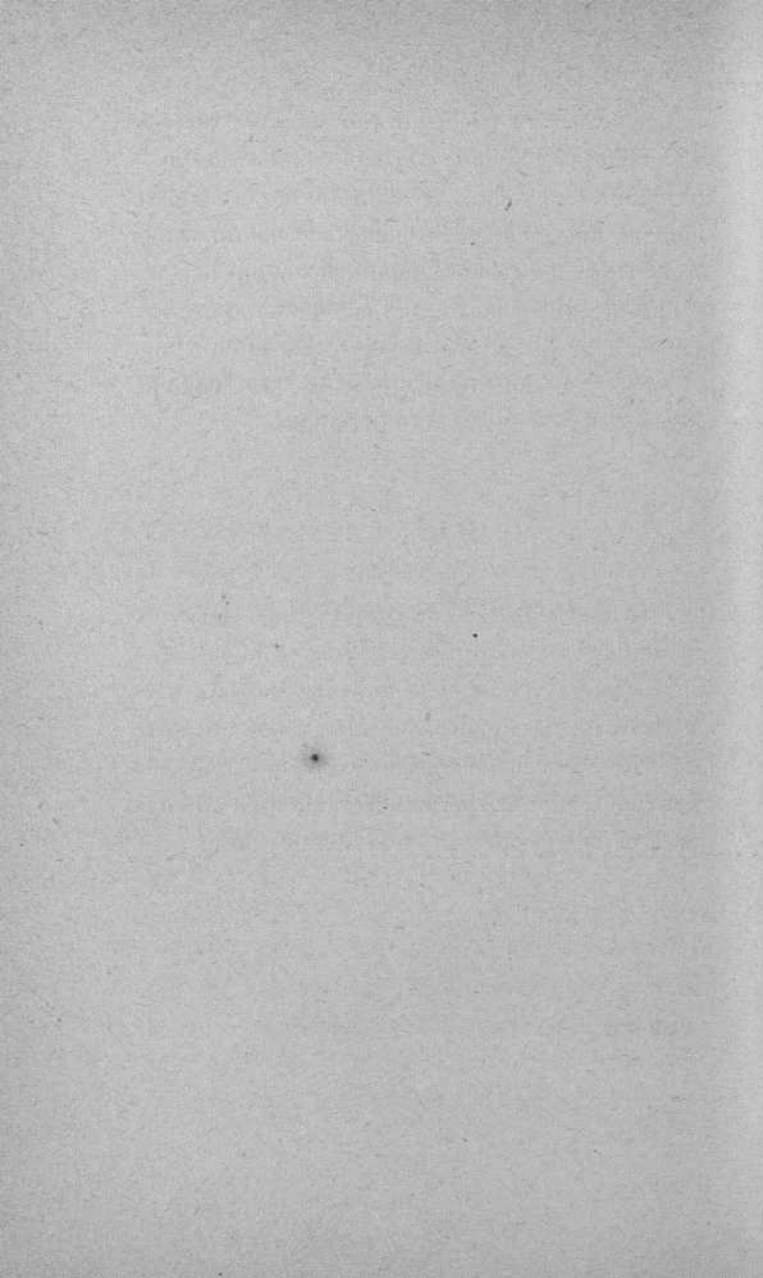
\* \* \*



*El de los tuertos.*—Se pedirá un hombre tuerto á la ganadería, y si no le hay se le nublará un ojo á cualquiera de los que se vayan á lidiar. La operación es muy sencilla: con ponerle al hombre elegido el retrato de su suegra delante de un ojo, lo cerrará durante veinticuatro horas. Hecho ésto se le puede torear sin el menor peligro por el lado tuerto, haciéndole multitud de monadas. Y como el público no está en autos, traga la píldora.

\* \* \*

*El del abanico.*—Ninguna torera debe dejarse el abanico en casa, porque cuando el hombre está rendido de fatiga y no puede moverse, no hay nada más fácil ni más bonito que abanicarle el morro. Pocos floreos son tan seguros y durables, pues claro es que el hombre permanecerá inmóvil mientras sienta el delicioso fresco de la abanicadura.



## REGLAS GENERALES.

*Primera.*—La condición más indispensable para verificar una lidia, es ponerse en suerte.

\* \* \*

*Segunda.*—En todos los lances del toreo hay que saber cuál es el terreno de la lidiadora y cuál es el del hombre.

\* \* \*

*Tercera.*—Sea cual fuere la suerte que se trate de ejecutar, debe darse una salida á la fiera.

\* \* \*

*Cuarta.*—La temeridad no es valor: si por embrocarse demasiado hay peligro grave de una cogida, es preferible cuartear con decoro.

\* \* \*

*Quinta.*—En los casos desesperados no es vergonzoso tomar el olivo. Si no hay más remedio que caer, vale más caer entre barreras.

\* \* \*

*Sexta.*—Aunque la integridad de los principios y la honra del arte aconsejan que se pinche siempre en debida forma, no es absolutamente obligatorio poner la estocada en los rubios, como suele acontecer en la lidia de toros con cuernos: tratándose de lidiar hombres, todo es toro; quiero decir, todo es hombre; y el asunto es pinchar, aunque resulte un bajonazo *de profundis*.

\* \* \*

*Séptima.*—La matadora, después de concluir victoriosamente la faena, procurará averiguar si su hombre está bien muerto y enterrado, á fin de poder irse tranquila á su domicilio.

\* \* \*

*Octava.*—Ninguna torera de habilidad acreditada se tomará el trabajo de leer periódicos taurinos y reseñas de las corridas en que tome parte, porque

los críticos y revisteros taurómacos no han podido todavía ponerse de acuerdo en sus apreciaciones, ni hacer una revista exacta, filosófica y trascendental como Dios manda.

\* \* \*

*Novena.*—Los hombres corridos ofrecen mucha dificultad para la lidia. El arte se ha hecho contra el ganado novel y candoroso, pero no contra los marrajos. A todo hombre que se enchiquere voluntariamente se le pedirá la cédula de vecindad y la certificación de que no ha sido toreado nunca.

\* \* \*

*Décima.*—No es lidiadora maestra la que no *ve venir* al hombre. Lo mismo para ofender que para defenderse, nada es tan importante á las diestras como ver venir á los caballeros.

\* \* \*

*Undécima.*—Para torear con facilidad á los hombres de muchas libras no hay cosa mejor que correrlos mucho. Así que les falta el resuello y pierden

las piernas, se dejan hacer cuanto quiere la lidiadora.

\* \* \*

*Duodécima.*—Por ningún motivo deben disputar las diestras cuando se hallen en el redondel. Todas las riñas se dejarán para luego. Muchos hombres saben aprovecharse de las reyertas de la cuadrilla para embanastar á tres ó cuatro lidiadoras.

En la plaza, nada de distracciones: todo el mundo al toro.

\* \* \*

Estas doce reglas se encierran en una: *no dejarse coger.*

\* \* \*

*Regla infalible.*—(Dedicada particularmente á las señoras que viven del toreo á prima fija y á costa de los primos fijos).—Las diestras que busquen en la profesión de la tauromaquia un medio honroso de vivir, deben observar con mucha atención lo que sucede en una plaza de toros. Allí, la mayoría del público es medio salvaje, con muchas pretensiones de inteligente y sin saber ni una palabra del sublime arte del toreo: no va á ver toros, sino á ver á *su matador*; apasionado hasta la estupidez,

siente que los adversarios de su ídolo hagan algo bueno, y aplaude con frenesí las mayores atrocidades que su ídolo comete. Se ve, pues, que para ganar honra y provecho toreando, no hace falta lidiar bien, sino tener partido. Esto se consigue apretando un poco al empezar la carrera y ayudándose con el bombo público y privado. Así que se logra alguna popularidad y buena fama, ya está hecho el negocio. Los partidarios más exaltados y habladores dirán que *su* torero deja tamañitos á cuantos han llevado y llevan coleta, lo repetirán á voces en el tendido y en el café, en el paseo y en la calle, y el ídolo irá creciendo, creciendo como los personajes legendarios, hasta que, impulsado por la costumbre, conseguirá entrar en el capítulo de los artículos de fe, que es el tabernáculo del vulgo bobalicón. Ya dentro del arca, se ha conquistado la infalibilidad, y para conservarla es menester muy poco: basta un toreo de camama, auxiliado con el sistema curvilíneo fuera de cacho y los atrevimientos *de ocasión*. Aunque el trabajo del artista infalible sea insignificante y soso, ganará palmas: todo lo que un maestro hace, dice, intenta ó deja sospechar, es heróico, monumental, estupendo y maravilloso: un profesor acreditado no necesita practicar las varias, lucidas y arrinconadas suertes del toreo antiguo: tiene suficiente con una tranquilla

para salir del paso, y aunque haga siempre una misma cosa y emplee la menor cantidad posible de faena, será aplaudido como si hiciera mucho y variara y trabajara de verdad.

Se deduce de las expresadas observaciones, que en tauromaquia, como en política y en literatura, lo conveniente es llegar á *santón*. El santonismo es un privilegio indiscutible para hacer impunemente cualquier barbaridad.

Aplicad el cuento, lectoras, á la tauromaquia femenina, y si tratáis de vivir de ella y con ella, buscad por todos los medios lícitos é ilícitos la fama indispensable para entrar en el tabernáculo de las ideas del vulgo y dejar escrito vuestro nombre en los artículos de la fe. Lo dificultoso es ganar el título de maestra. Después, todo es pan comido.

---



## OBSERVACIONES.

---

*Primera.*—La lidia de hombres defectuosos, chotos, becerros y embolados, se efectúa de igual manera que la de los hombres de plaza, pero ninguna matadora de cartel debe rebajarse hasta el bochornoso extremo de torear tales reses.

\*  
\* \*

*Segunda.*—Las corridas se verifican en diversos lugares: unas veces en campo abierto, otras en plaza cerrada y otras en coto particular, y lo mismo en público que privadamente y á solas. Sea cual fuere el campo escogido para la lidia, y haya ó no haya espectadores, toda mujer torera procurará cumplir su misión con la dignidad que prescribe el arte, sin recurrir jamás al auxilio de la media luna

ó de los perros de presa ni á otros expedientes anticuados y de mal gusto. Los hombres se despachan en buena ley; cuando no se tiene valor para dar un golletazo cara á cara, vale más cortarse la coleta y retirarse al ostracismo.

\*  
\* \*

*Tercera.*—Nunca debe hacerse la división de plaza: torear dos hombres á la vez es faena muy expuesta; porque si ellos lo averiguan y se ponen de acuerdo, no hay quien sea capaz de matarlos.

\*  
\* \*

*Cuarta.*—Los hombres que se encierren para cada corrida no deberán ser amigos ni conocidos, ni pertenecientes á una ganadería sola; pues los conciliábulos amistosos que indudablemente tendrían en el corral, pudieran ser causa de la destrucción de la cuadrilla.

Lo mejor será que cada hombre sea enchiquerado desde luego y no tenga comunicación de ninguna

clase con sus compañeros de infortunio. Sobre todo, si se trata de republicanos, que son aficionados á conspirar.

\*  
\* \* \*

*Quinta.*—Los militares se lidiarán sin uniforme, con el objeto de evitar debilidades á las toreras románticas.

---





PASE DE PECHO.



## RECURSOS.

*Primero.*—Cuando la matadora se vea acosada por el bicho y no sepa cómo salir del paso, se retirará á prudente distancia y mirará al público meneando un poco la cabeza en sentido negativo. Así dará á entender que la alimaña no es lidiante y que merece ser echada al corral. Estos y otros movimientos análogos demuestran mucha sabiduría torera y satisfacen á la multitud, que se compone generalmente de bobos. Sirven también para disimular la jindama, y justifican los degüellos.

\* \* \*

*Segundo.*—En el caso de que la matadora haya brindado la suerte y no pueda con la fiera ni se resigne á confesar su debilidad, procurará buscar un pretexto para irse bonitamente á la enfermería. Este es un lugar seguro, donde no padece la materia ni el espíritu.

\* \* \*

*Tercero.*—Nunca recomendaré lo bastante la conveniencia de que las espadas de cartel lleven amigos al tendido. Porque, verbigracia: sale un hombre de muy malas costumbres y se empeña en irse vivo al corral: comprende la matadora que no puede con él, y hace una seña á los amigos: tocan á matar, y los amigos gritan desahorados: «¡que lo mate la sobresaliente!» y aunque la sobresaliente no tenga ganas de probar fortuna, viene la matadora y, como si hiciera un sacrificio muy grande, le pone los trastos en la mano. Y ahí queda eso.



*Cuarto.*—A los hombres que lo ven todo, se les puede tirar á la fisonomía un puñado de arena. Esto se hace con diplomacia: el hombre se queda ciego, y punto concluído.



*Quinto.*—Hay otros recursos verdaderamente supremos y que se aplican á ciertas fieras según las circunstancias y la biografía de cada una: Ejemplos al canto:

Se trata de un hombre imposible de lidiar y que



debe mucho: se le enseña uno de sus pagarés, y cávalo cabestro.

Se trata de un señorito feroz, que es estudiante; se le dice al oído que va á venir Oliver, y cávalo manso. Y tratándose de un caballero que sea elector, en nombrándole á Romero Robledo se irá de la plaza.

\* \*  
\* \*

*Sexto.*—Cuando todos los medios resulten ineficaces para acabar con un hombre, habrá que enviar un recado á la guardia civil.

*Nota.* Este recurso no es regla de tauromaquia, pero suele ser el mejor.

---



## VOCES TÉCNICAS

Y FRASES DEL OFICIO QUE CONVIENE SABER  
DE MEMORIA.

*Armarse.*—Ponerse en disposición de ejecutar alguna suerte, previniéndose como el arte manda

*Buey.*—Hombre inútil para la lidia.

*Bulto.*—La lidiadora en cuerpo y alma.

*Cargar la suerte.*—Verificarla, echando al hombre á paseo.

*Castigo.*—Todo lo que mortifique á la res.

*Cernirse en el engaño.*—Lo que hacen los caballeros irresolutos, cuando no saben si les conviene entrar por uvas ó dejarlo para otro día.

*Cite.*—El movimiento, gesto, guiño, inclinación ó llamada que hace la lidiadora para llamar al hombre.

*Colada.*—La acción de meterse la fiera en el terreno de la dama ó de pasarse entre el engaño y el bulto.

*Colada suelta.*—La que verifica el animalito yéndose á la figura sin hacer caso del trapo ni del hierro.

*Cuadrarse.*—Salirse del embroque de la mejor manera posible.

*Cuna.*—Sitio algo peligroso.

*Choto.*—Sietemesino.

*Derrotes.*—Intenciones aviesas de la alimaña.

*Desarmarse.*—No estar en suerte, ó perder los avíos.

*Diestra.*—La lidiadora.

*Embroque.*—Posición muy comprometida para la torera.

*Encerrarse.*—Meterse en el terreno del hombre sin tener sitio para salir.

*Engaño.*—Todo lo que sirve para chasquear al bicho.

*Escupirse.*—Lo que hace el hombre cuando no quiere fiesta.

*Hachazo.*—Ataque del caballero.

*Hombre.*—Animal, monstruo, fiera, bicho, alimaña, res, bucéfalo ó como se le quiera llamar cuando sale á la plaza.

*Humillar.*—Movimiento que deja descubierto al que lo ejecuta, lo mismo á la lidiadora que al lidiado.

*Indama.*—Mieditis de la torera.

*Jurisdicción.*—El terreno en que se halla el hombre

en defensa, y el terreno propio para que la lidiadora ejecute la suerte. Cada cual tiene su jurisdicción, y si sale de ella se expone á recibir un disgusto.

*Liar.*—Armar un lío al hombre.

*Mejorar el terreno.*—Cambiar de sitio cuando convenga así para torear fuera de cacho.

*Meter los brazos.*—La acción de herir con coraje y verdad sin valerse de subterfugios.

*Novillo.*—Colegial.

*Olivo.*—Refugium peccatorum.

*Parear.*—Poner un par de banderillas ó dar dos estocadas á un tiempo.

*Pies.*—Lo mismo que pieses, piernas ó patas.

*Quiebro.*—Movimiento de cintura para sacar incólume la personalidad.

*Salida falsa.*—Perder el tiempo.

*Salida de tono.*—Irse por donde no hace al caso.

*Salirse de la suerte.*—Marcharse á la enfermería.

*Sentar los pies.*—Tomar el asunto con calma.

*Siniestra.*—Lidiadora zurda.

*Suerte.*—Todas las habilidades que ejecuta la mujer para llevar al hombre á la vicaría.

*Tablas ó tableros.*—Límite del campo de batalla de la lidiadora y el lidiado.

*Taparse.*—Lo que hace el hombre cuando no quiere que le pinchen.

*Torear fuera de cacho.*— Burlarse del señorito con la seguridad de no tener cogidas.

*Tumbona.*— La lidiadora que torea por cumplir y sin afición ni coraje.

*Tuno.*— El hombre que sabe lo que se pesca.

*Viaje.*— La carrera de la lidiadora ó del bicho.

Hay otras muchas voces y frases técnicas, clásicas y cabalísticas que pueden aprenderse en los diccionarios taurinos. Todas hacen falta para torear, y también se torea sin ellas.

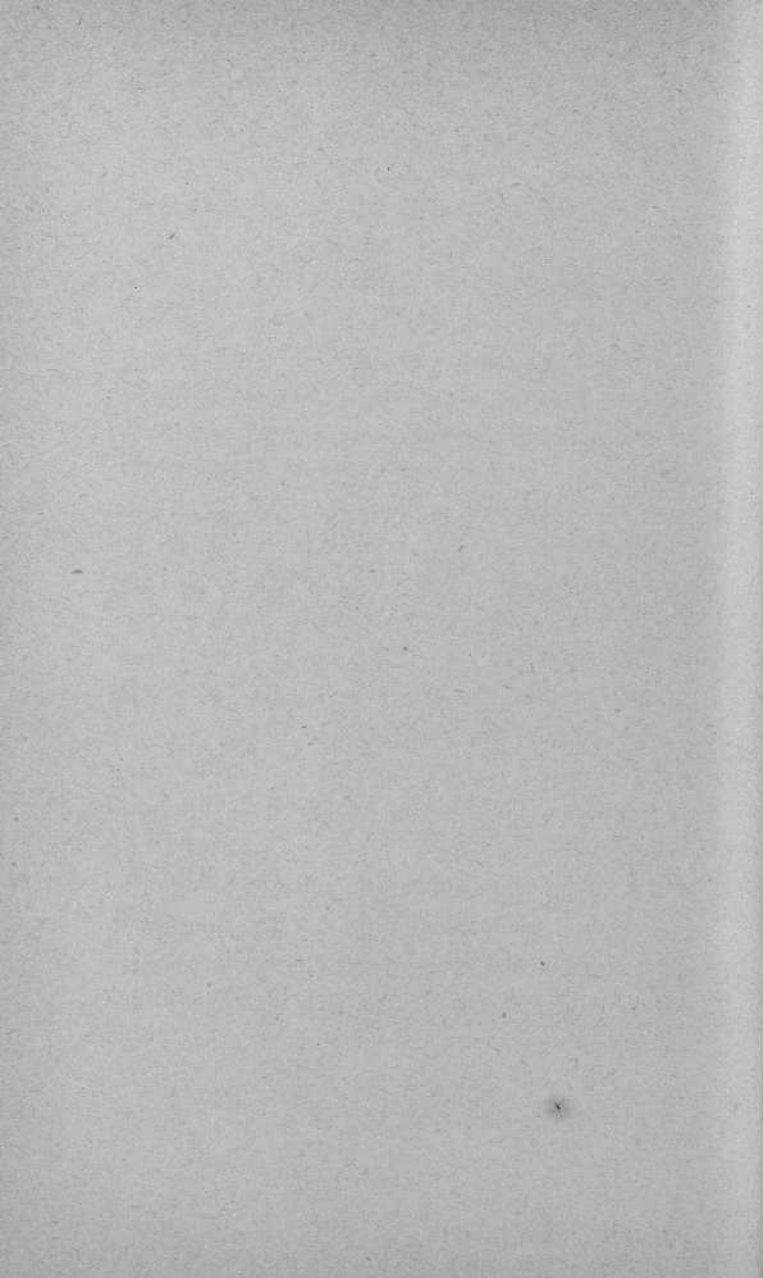
---

## ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Ninguna lidiadora deberá escamarse cuando se le presente el caso de lidiar á un torero, porque los toreros son hombres como los demás y tienen análogas debilidades.

En general, todos los hombres saben algo de tauromaquia: unos torear mal y otros bien; los hay que se dejan la coleta y no ejercen, como el Regatero; y los hay que ejercen sin coleta, como los aficionados y capitalistas de las novilladas. Pero unos y otros, cuando dejan el papel activo de torero y toman el pasivo de toro (lo cual les sucede siempre que ven una mujer), son completamente lidiab-les.

Aunque un hombre tenga facha de marrajo y filiación de corrido, no dejará de tomar querencias al ver á una lidiadora guapa. Y los hombres y los toros, en la querencia tienen la muerte. La única dificultad es aquerenciarlos.





## OTRA ADVERTENCIA.

Creo, amables lectoras, que las anteriores explicaciones bastan para que os enteréis de las principales reglas tauromáquicas. Las corridas históricas y los ejemplos que á continuación pondré serán el complemento de la teoría taurina, y como, á fuer de mujeres, sois listas, inteligentes y maliciosas, no necesitáis más para estar al cabo del asunto. Con mis lecciones y vuestro arte natural y vuestros conocimientos hereditarios, pronto dominaréis esta materia en el terreno de la práctica.

\*  
\* \*

Las artistas demasiado jóvenes y sensibles, que abominan las corridas de toros, quizá no se atreverán á lidiar hombres por temor de la barbarie del espectáculo. Aprovecho esta ocasión para defender el espectáculo nacional y destruir los escrúpulos de las citadas señoritas.

Las corridas de toros no tienen más que una

parte cruel y deplorable: el martirio de los caballos.

Pero supongamos, como es debido suponer, que tú eres bella; y siguiendo en el camino de las suposiciones, supongamos que te falta un diente. ¿Cómo ha de bastar tan pequeño defecto para destruir tu hermosura? ¿Cómo no he de amarte á pesar de la mella, y aun á pesar de otras pequeneces?

Pues por análoga razón, ¿cómo hemos de aborrecer las corridas de toros, que no tienen más falta que el martirio de los caballos?

\* \* \*

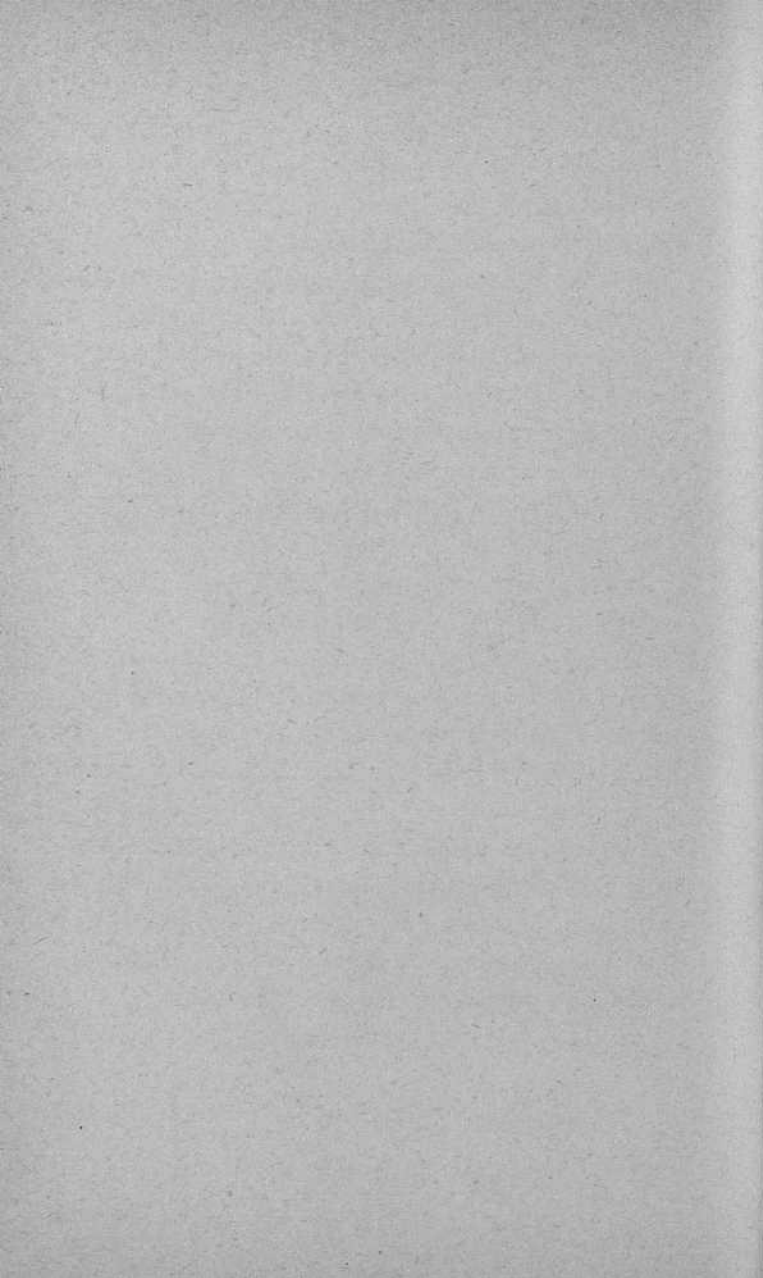
Ahora bien, artistas jóvenes y sensibles; en las corridas de hombres no hay sacrificio de jamelgos: lo único que puede haber son pinchazos y estocadas, revolcones, cogidas y otros excesos naturales. No hay más efusión de sangre que la que suele resultar de algún golpe en las narices, y aunque á las veces corra el llanto y quede corrido el hombre ó tenga que correr la mujer, no hay peligro de muerte real y todo acaba en la vicaría.

Animaos, pues, ángeles femeninos, y poneos en suerte.

CUARTA PARTE.



CORRIDAS HISTÓRICAS.



## LA CASTA SUSANA.

Era la casta Susana  
una torera barbiana.

\*  
\* \*

Tenía en su vecindad  
dos hombres de cierta edad.

\*  
\* \*

Caballeros muy corridos  
y en la lidia encanecidos.

\*  
\* \*

Susana pudo inferir  
que trataban de embestir.

\*  
\* \*

Previniendo su deseo  
quiso darles un capeo.

\*  
\* \*

El baño tomó por plaza  
y allí dispuso la traza.

\*  
\* \*

Debajo de unos manzanos  
enchiqueró á los ancianos.

\*  
\* \*

Y mostróse de repente  
junto al agua transparente.

\*  
\* \*

Vestida de tal manera,  
que decirlo no quisiera.

\*  
\* \*

Quedáronse los dos viejos  
asombrados y perplejos.

\*  
\* \*

Al verla exhausta de ropa  
tocaron llamada y tropa.

\*  
\* \*

Y dejando el sitio oculto  
arremetieron al bulto.

\*  
\* \*

Susana, que lo esperaba,  
hizo que se desmayaba.

\*  
\* \*

Pero enmendando el terreno  
les dió un recorte muy bueno.

\*  
\* \*

Y una verónica á gritos  
que los dejó tamañitos.

\*  
\* \*

Furiosos por el bromazo  
quisieron darla un hachazo.

\*  
\* \*

Mas ella evitó la carga  
valiéndose de una larga.

\*  
\* \*

Con un quiebro de cintura  
sacó limpia la figura.

\*  
\* \*

Y arrimándose al estribo  
pudo tomar el olivo.

\*  
\* \*

Los viejos, con vil perfidia,  
protestaron de la lidia.

\*  
\* \* \*

Susana dijo: «¡canastos!»  
y al punto cogió los trastos.

\*  
\* \* \*

En presencia de los jueces  
pasó á los viejos tres veces.

\*  
\* \* \*

Cuadró con uno de pecho  
y se tiró por derecho.

\*  
\* \* \*

Dicen que fue la estocada  
tendida y atravesada.

\*  
\* \* \*

Pero á los dos infelices  
les taladró las narices.

\*  
\* \* \*

Con esta prueba brillante  
Susana quedó triunfante.

\*  
\* \* \*



Arrastraron á los viejos  
y ella guardó los trebejos.

\* \*  
\* \*

Esta asombrosa victoria  
pasó después á la historia.

\* \*  
\* \*

Y el orbe aclamó á Susana  
como torera barbiana.

\* \*  
\* \*

Con tan plausible motivo,  
un literato muy vivo  
que vió desde la barrera  
el juego de la torera,  
escribió estas aleluyas,  
admirables como tuyas.  
Yo no hago más que copiarlas,  
y me abstengo de alabarlas.



## FRINÉ.

Mientras que no me examine  
de griego, no afirmaré  
que el nombre de doña Frine  
debe escribirse Friné.

Frine ó Friné, bella dama,  
fue lidiadora muy diestra,  
muy cuca, lo que se llama  
una torera maestra.

Salto, quiebros, capotazos,  
cites, recortes, galleos,  
suertes de pies y de brazos,  
travesuras y floreos;

Arte, farsa, picardía,  
cuanto al público arrebatá  
doña Friné lo sabía  
por debajo de la pata.

Y si en la suerte suprema  
tocábale un bicho duro,  
mostrando valor y flema  
para salir del apuro,

La ilustre doña Friné,  
sin aparatos ni enredos,  
daba cada volapié...  
que se mojaba los dedos.

¿Y aguantar? Era una peña.  
¿Y recibir? Era gloria.  
Siempre tranquila y risueña,  
Segura de la victoria.

Al verse muy acosada  
daba un gollete villano;  
pero ¿á qué primer espada  
no se le marcha la mano?

Y á veces, el burladero  
buscaba con paso vivo;  
pero ¿dónde está el torero  
que no ha tomado el olivo?

En suma, tanto valía  
Friné, y era tal su suerte,

que si hoy viviera no habría  
ni sombra del sexo fuerte.

—  
Con espada semejante,  
la cosa era natural,  
el hombre más arrogante  
se quedaba en el corral.

Y las griegas y los griegos  
clamaron contra Friné  
porque apagaba los fuegos  
al bicho de más tupé.

Sustentada por la envidia  
presentóse la querella,  
y el tribunal de la lidia  
formó causa á la doncella (1).

Exigieron abogado  
á Friné, que diligente  
buscó á un chulo jubilado  
y le dijo lo siguiente:

---

(1) Conviene advertir que doña Friné pertenecía al estado honesto; al menos, hasta cierto punto. No era casada, y no se debe prejuzgar.

«Yo voy á ir al tribunal  
»embozadita en mi capa:  
»echa la mano al percal,  
»y si te aviso, destapa.»

El chulo, lleno de gozo,  
dijo mirando á Friné  
por debajo del embozo:  
«¡Vaya si destaparé!»

Y la dama y el letrado  
comparecieron al punto  
en presencia del jurado  
conocedor del asunto.

Allí se hallaba presente  
la crema del mundo griego:  
un hervidero de gente  
y de miradas de fuego.

Ministros, legisladores,  
filósofos, capitanes,  
personas de las mejores  
y algunos pelafustanes.

Señoras de vida airada,  
literatos y adivinos,

mucha gente encopetada  
y un mar de sietemesinos.

Con cierta moderación,  
digna de un hombre oficial,  
pronunció la acusación  
el abogado fiscal.

Pero dijo tales cosas  
en su elocuente discurso,  
que se pusieron furiosas  
las doncellas del concurso.

Y por unanimidad  
pidió la gente indignada  
que no hubiera caridad  
para la triste acusada.

Entonces, con disimulo  
Friné á su letrado habló,  
tiró del percal el chulo  
y á la bella destapó.

.....

Al ausentarse la capa,  
en su cutis peregrino

mostró Friné todo el mapa  
taurómico femenino.

¡ Piramidal sensación!  
Cuantos hombres allí había  
sintieron que el corazón  
del pecho se les salía.

Y las más intransigentes  
doncellas que ya nombré,  
apuntaron con los lentes  
hacia el cuerpo de Friné.

La bellísima acusada,  
fingiendo rubor y enojos,  
como diestra consumada  
empezó á jugar los ojos.

¡ Qué diabluras de coqueta!  
¡ Qué gracia! ¡ Viva lo bueno!  
Veinte pases de muleta  
en un palmo de terreno.

Banderillas por aquí,  
garrochazos por allá...  
¡ Gran lidia! (yo no la ví,  
pero fue de p p y k).



¡Qué manera de abrir calle!  
A éste dejo y á éste tomo,  
con cada quiebro de talle  
quebraba un hueso palomo.

Siempre con arte bregando,  
siempre cerca del testuz,  
y muchas veces tocando  
con las uñas en la cruz.

Lo mismo al guapo que al feo,  
al simple que al camastrón,  
les dió un curso de toreo  
en una sola lección.

Hasta las viejas devotas  
que estaban en la barrera  
saltaron como pelotas  
delante de la torera.

Fue un escándalo taurino  
como nunca se verá;  
no quedó un sietemesino,  
y en cuanto á los jueces ¡ah!

Hocicaron muchas veces,  
con oprobio de la ley;

¡qué modo de rodar jueces,  
á golletazo por buey!

La confusión en el ruedo  
llegó á ser tan general,  
que se chuparon el dedo  
los miembros del tribunal.

Más de un filósofo santo,  
agobiado por la pena,  
se liquidó bajo el manto  
por no ver aquella escena.

Y algunos hombres atroces  
mezclados entre el gentío,  
clamaban con grandes voces:  
«¡que me la traigan, Dios mío!»

Aquello fue un herradero  
inconcebible; total:  
los jueces al matadero  
y el presidente al corral.

Por fin el acusador,  
logrando ponerse en pie,  
con muchísimo rubor  
dijo á la ilustre Friné:

«Puedes irte de la plaza;  
estás absuelta, chiquilla,  
porque eres más toreraza  
que Venus y su cuadrilla.»

El juicio dióse por nulo:  
hizo Friné una pirueta,  
y se marchó con su chulo  
embozada en la muleta.

---



## FLORINDA Y DON RODRIGO.

Torero fue Rodrigo,  
según dice fray Luís á su manera  
tomando por testigo  
de aquella lidia fiera  
al Tajo y á su plácida ribera.

Mas ahora yo pregunto  
(y no por esto á Don fray Luís ultrajo):  
¿cómo pasó el asunto?  
Porque de aquel trabajo  
tan sólo puede atestiguar el Tajo.

Es honra de la Iberia  
el Tajo, por su fama y señorío,  
pero en cuestión tan seria  
del Tajo no me fío,  
porque nadie atestigua con un río.

En aquella partida  
debió haber lidiador ó lidiadora,

mas no hay quien lo decida ;  
pues todo el mundo ignora  
si se corrió el señor ó la señora.

El caso es harto grave,  
y estando en el negocio tan á oscuras  
no acierto con la clave :  
pero estas aventuras  
se pueden aclarar por conjeturas.

Opino con sincera  
opinión (y si yerro, lo deploro),  
que ella fue la torera,  
y que por su decoro  
el galante monarca hizo de toro.

Al decirlo, me fundo  
en el viejo sistema establecido,  
porque siempre en el mundo  
las mujeres han sido  
quienes lidian al hombre de corrido.

Poniéndome en lo cierto,  
digo y afirmo, aunque la historia quiera  
echar al rey el muerto,  
que fue de esta manera  
el hecho sucedido en la ribera:



CITANDO Á RECIBIR.





Hallábase Rodrigo  
peinándose las barbas en la orilla,  
cuando se abrió el postigo  
de antigua torrecilla  
y dió paso á la humana maravilla.

Hermosa era la Cava,  
y al noble rey, que la miró asombrado,  
se le cayó la baba;  
lo cual te habrá pasado,  
tierno lector, si estás enamorado.

Florinda sacó el lente,  
y después de trenzarse la coleta,  
se aproximó al monarca suavemente  
con paso de coqueta  
y al aire desplegada la muleta.

El rey, de gozo lleno  
al ver que una señora de trapío  
llegaba á su terreno,  
escarbando con brío  
dos fanegas de arena echó en el río.

Florinda abrió el capote,  
y atusándose el rey con mano fuerte  
las puntas del bigote,

se puso luego en suerte,  
jurando combatir hasta la muerte.

Trabóse la batalla,  
y en el tercio final de la corrida  
hubo... mas ¡lengua, calla!  
no cuentes, por tu vida,  
el detalle feroz de la cogida.

La sangre inundó el coso,  
y se cebó en el cuerpo de la bella  
el toro victorioso.  
Cuando luchan *él* y *ella*,  
es sabido que hay uno que se estrella.

Si ganó Don Rodrigo,  
culpa fue de Florinda, según creo:  
siempre lleva el castigo  
una diestra en toreo  
teniendo menos arte que deseo.

Florinda llamó al toro,  
y Rodrigo embistió como debía:  
si no ¡con qué desdoro  
la crónica hablaría  
de la goda, imperial ganadería!

Tal es la historia triste  
de la hechicera Cava y Don Rodrigo.  
Lector, si no lo viste  
y niegas lo que digo,  
el Tajo lo dirá, que fue testigo.

---



## LUCRECIA BORGIA.

Hubo en Italia una dama,  
según las historias cuentan,  
asombro por lo bonita,  
prodigio por lo torera:  
su nombre, Lucrecia Borgia;  
su estirpe, célebre y regia;  
su condición, deleitable;  
su virtud, á toda prueba;  
en sus costumbres, partida;  
en su carácter, entera;  
en su afecto, generosa;  
en su trato, desenvuelta;  
en sus caricias, sublime;  
en sus pasiones, tremenda;  
y dicen los que la vieron,  
que jamás pisó la arena  
lidiadora tan gallarda,  
tan atrevida y tan fresca.

Niños, jóvenes y ancianos  
andaban siempre tras ella,

unos bebiendo los vientos  
y otros echando las muelas.  
Ansiosos la requerían  
como á las flores la abeja,  
valiéndose de billetes,  
de dádivas y ternezas;  
ora con música dulce,  
ora con gratas endechas,  
éste con finos halagos,  
aquél con graves promesas,  
quién exponiendo la vida,  
quién arriesgando la hacienda;  
todos en busca de un dicho,  
de un ademán, de una seña,  
de un gesto, de una mirada,  
de alguna merced que fuera  
indicio de simpatía  
y concesión indirecta,  
ó esperanza de acercarse  
á la ventura suprema  
que se gozaba en los brazos  
de la divina Lucrecia.

Por todo el gran territorio  
que el Arno y el Mincio riegan  
y el Po y el Adda y el Reno  
fertilizan y hermocean:

desde Milán á Catania,  
desde Tarento á Venecia,  
en Turín como en Verona,  
en Perugia como en Siena,  
en Roma como en Pavía,  
en Nápoles como en Génova,  
lo mismo en Pésaro y Mantua  
que en Bolonia y en Florencia,  
por el monte y la llanura,  
por la ciudad y la aldea  
causaba el nombre de Borgia  
temblores á las doncellas,  
calambres á las casadas  
y síncope á las viejas;  
pues en las mágicas redes  
de la preciosa hechicera,  
hijos, maridos y padres  
iban á dar de cabeza,  
todos locos, todos muertos  
de amor y concupiscencia.

No vió en sus plazas Italia  
una señora más diestra:  
¡con qué regio desenfado  
manejaba la muleta!  
¡qué elegancia y qué soltura  
para pasar con la izquierda!

¡qué cambios y qué galleos,  
tan finos como la seda!  
Siempre en el coso lucía  
su valor y su trastienda,  
turnando de picadora  
como de banderillera;  
plantaba un par de palitos  
al sesgo, á la media vuelta,  
ó de cualquier otro modo,  
con muchísima limpieza;  
lo mismo dando el cachete  
que recibiendo á la bestia,  
mostrábase portentosa  
por la gracia y por la flema;  
nunca tuvo tentaciones  
de quedarse entre barreras,  
ni buscó en la enfermería  
lo que buscan los maletas;  
le brincaban en el alma  
el coraje y la vergüenza  
y aventajaba á Frascuelo  
en aficiones toreras.  
Cuando iba á meter el brazo,  
tirábase en línea recta,  
quebraba con la cintura  
encunándose de veras,  
y remataba la suerte



por la cola y á conciencia;  
jamás intentó salirse  
por la cara ni por piernas,  
ni dió paso atrás en balde,  
ni se quitó la montera.  
Con igual arte lidiaba  
los Miuras que los Aleas,  
dando á cada caballero  
pasaporte en su querencia;  
con toros ó con novillos,  
con babosas ó con fieras,  
con ilustres personajes  
ó con Pericos Manguelas,  
siempre estaba en su terreno,  
siempre á la lucha dispuesta,  
parada, firme, tranquila,  
inteligente, serena,  
humilde, oportuna, grave,  
con voluntad y potencia  
para dar un golletazo  
al gran barbián de la Persia.

Esta mujer deliciosa  
¡oh cielos! ¿quién lo dijera?  
tuvo grandes enemigos  
que trataron de perderla:  
su habilidad, su bravura

y su infinita belleza  
sirvieron de rico pasto  
á las maldicientes lenguas,  
y en documentos y crónicas,  
en fábulas y novelas  
refugióse la calumnia  
gritando contra Lucrecia.  
Rugió el despecho insolente,  
clamó la envidia perversa,  
y se extendieron sus voces  
por el mar y por la tierra,  
diciendo ¡crimen horrible!  
que la matadora egregia  
usaba en lugar de espada  
veneno y otras frioleras,  
y que á sus propios amantes  
daba el cachete. ¡Qué mengua!

Mas no importa: supongamos  
que dice bien la leyenda.  
Una mujer tan hermosa,  
tan celestial y perfecta,  
lo mismo causa la muerte  
con espada que con hierbas,  
con injurias que con besos,  
con abrazos que con penas.  
En el hombre, todo es toro;

en la mujer, todo es hembra:  
no hay costillar más sensible  
que el de un amante, ni hay guerra  
que ocasión tantas muertes  
como el cuerpo de una bella.  
Si la ilustre lidiadora  
gozaba de buenas prendas,  
pues dicen que ni una tuvo  
que no fuese muy selecta  
y que las más inferiores  
prendaban de puro buenas:  
si con los ojos ponía  
banderillas á cualquiera,  
porque sus ojos de fuego  
eran dos luces eléctricas  
y colaban en la carne  
como alfileres de á terciá:  
si con sus labios divinos,  
más rojos que las cerezas,  
picaba sobre los rubios  
dejando el palo en la brecha:  
y en fin, si al tocar á muerte  
mataba con su... ¡No vengan  
diciendo que la ponzoña  
fue su espada predilecta!  
Como mujer, tuvo amantes  
y los lidió á su manera,

pero todos sucumbieron  
con la mayor complacencia.  
La muerte será castigo  
estando á solas y á secas ;  
mas con grata compañía...  
¡Oh fortuna! ¡Quién pudiera  
recibir tan dulce muerte  
de manos de otra Lucrecia!

---

## NINÓN DE LENCLÓS.

Á un siglo dió ilustración,  
brillo, gloria, nombre y fama  
la incomparable Ninón;  
la más competente dama  
del género *sans façon*:

La lidiadora perfecta  
que en palacios y andurriales  
fue la espada predilecta,  
llegando á ser por lo recta  
modelo de horizontales:

La que en tantas ocasiones  
se puso los pantalones  
para echar una partida,  
y nunca llevó cogida  
ni padeció revolcones:

La que por menos de un bleado  
ágil estaba y dispuesta

para meterse en el ruedo  
y dar principio á la fiesta  
sin arrogancia y sin miedo:

Y en suma, la que logró  
no decir nunca *hasta aquí*,  
la que jamás dijo *no*  
y en todas partes dejó  
memoria dulce de sí (1).

Reseñar una por una  
las corridas de fortuna  
en que trabajó esta espada,  
fuera empresa inoportuna  
y difícil y arriesgada.

Sólo diré que Ninón,  
triumfante hasta de la envidia,  
mató una generación  
de caballeros de lidia,  
sin tener ni un acosón.

Para mostrar á la gente  
lo que valió y lo que pudo,

---

(1) Esto se parece algo á un verso de Zorrilla, pero creo que no importa.

en el campo de su escudo  
hizo pintar solamente  
su hermoso cuerpo desnudo.

¿Qué más espada taurina?  
¿Qué más taurómaco arreo?  
¿Qué más muestra peregrina  
de la virtud femenina  
en el arte del toreo?

Según la crónica cuenta,  
no hubo sien ni cornamenta  
que delante del blasón  
de la célebre Ninón  
se librara de la afrenta.

¡Oh mujer inimitable,  
divina entre las hermosas,  
tan aguda como amable,  
infalible, irresponsable,  
y otras muchísimas cosas!

¡Siempre libraste el hachazo  
con el quiebro más sencillo,  
y nunca metiste el brazo  
sin llegar hasta el morrillo  
y romper el espinazo!

¿Qué tal tu gracia sería,  
tu valor y gallardía,  
cuando allende el Pirineo  
ninguna ganadería  
se libró de tu trasteo?

En fin, hasta los maridos  
tomabas en corto y largo,  
y á los sesenta cumplidos  
dabas golletes de encargo  
á los hombres más corridos.

¡Oh gloria! ¡oh ventura! ¡oh crema!  
¡oh virginal! ¡oh suprema!  
¡oh deliciosa Ninón!  
¡tú dabas siempre en la yema  
del amante corazón!

¡Admirable capitana!  
te pongo una falta sola:  
siendo torera y barbiana,  
debiste ser española,  
española y sevillana.

---



QUINTA PARTE.

—

EJEMPLOS.



# CORRIDA DE UN NOVILLO,

CON LANCES DE CAPA Y FUEGOS ARTIFICIALES.

---

## ESCENA UNICA.

*Plaza : comedor de la casa de doña Restituta.*

*Personas : Doña Restituta, viuda de un comisario de guerra, primera espada jubilada, pero que ejerce algunas veces por afición ó por compromiso.*

*Candidita, hija de doña Restituta, doncella vulgar que está delectando la tauromaquia y suele ensayarse en las corridas de invierno echando un capote á los embolados.*

*Primo, joven de diez y nueve años, mal empleado y nada corrido, que piensa dedicarse á la caza menor y se mete en el coto de doña Restituta buscando lo que le hace falta.*

Al abrirse el chiquero y entrar el señorito Primo en la plaza, doña Restituta bosteza y Candidita borda unas zapatillas.

*Primo.*— Buenas tardes tengan ustedes.

*Doña Restituta.*— Muy buenas.

*Candidita.*— Buenas.

Primo da la mano á la mamá y á la niña y se sienta tímidamente entre las dos.

*Primo.*— Ustedes me dispensarán si me he metido hasta aquí, pero la criada me dijo que esta-

ban ustedes en el comedor, y por no molestarlas...

*Doña Restituta.*—Ha hecho usted bien, porque nosotras le recibimos con tanta franqueza como si fuera usted de la casa.

*Primo.*—Lo agradezco muchísimo.

*Doña Restituta.*—Es cuestión de simpatías. Crea usted que á ninguna otra persona la hubiéramos recibido con tanta confianza ni por tanto tiempo. (Cita para la suerte de pica).

*Primo.*—Repito que lo agradezco muchísimo.

Pausa.

*Candidita* (Aparte).—No toma varas.

*Doña Restituta* (Aparte).—Se escape de la suerte.

*Primo.*—¿Pensaban ustedes salir?

*Doña Restituta.*—Sí, señor; pero como sospechábamos que usted vendría, no hemos salido.

*Candidita.*—Lo primero es lo primero. (Cite para capear).

*Primo.*—No quisiera ser importuno. Si estorbo...

*Doña Restituta* (Con impaciencia).—Usted no estorba nunca.

*Candidita.*—Como tenemos la costumbre de esperarle...

*Primo.*—Muchas gracias.

*Doña Restituta.*—Y la costumbre se hace obligación...

*Candidita.*—Porque es lo que yo digo á mamá: cuando Primo viene todos los días será porque tiene gusto de vernos. (Cita para quebrar).

*Doña Restituta.*—Y que cuando se visita diariamente á una familia distinguida, no se viene á humo de pajas. (Verónica á novillo parado).

*Primo.*—Son ustedes muy amables. (Defensa arrimándose á las tablas).

*Doña Restituta.*—De manera que yo le he dicho á la niña: «Ya comprenderás las intenciones de este caballero.»

*Candidita.*—Es claro. Y yo comprendo que serán puras. (Despliegue de muleta).

*Primo.*—Naturalmente, yo soy incapaz... (Hachazo desafiando).

*Doña Restituta.*—Pero en estas cosas no se puede pasar el tiempo; las personas decentes deben explicarse pronto. (Banderilla en el hueso sacro).

*Candidita.*—Eso digo yo. (Par completo, en el mismo sitio).

*Primo.*—Candidita es todavía muy joven, y yo también. (Amago de embestida).

*Doña Restituta.*—Pero las jóvenes pierden cuando entra un caballero en su casa y no define su situación. (Lío de muleta).

*Primo.*—Yo creí que podría esperar.... (Huida del engaño).

*Doña Restituta.*—Hasta cierto punto nada más. Las cosas, claras. Herrar ó quitar el banco. (Entrada en la jurisdicción del bicho tapándole la salida).

*Primo.*—Entonces, ustedes me consideran importuno. (Defensa encampanándose).

*Candidita.*—¿Por qué no se explica usted? (Media verónica enseñando la salida libre).

*Primo.*—Á veces, las circunstancias impiden...

*Doña Restituta.*—Cuando los hombres no pueden adquirir desde luego un compromiso honroso, deben retirarse.

*Primo.*—Yo no puedo comprometerme á nada. (Huida de la res).

*Candidita.*—(Con indignación).—Parece mentira.

*Doña Restituta.*—(Levantándose).—Entonces, usted comprenderá que aquí sobra uno. Nuestra dignidad no permite... (Pañuelo rojo).

*Primo.*—¿Me despide usted?

*Doña Restituta.*—Al buen entendedor, con media palabra basta. Beso á usted la mano. (Banderillas de fuego).

*Candidita.*—(Aparte).—¡Infame!

*Primo.*—(Tomando la puerta).—Ustedes lo pasen bien. (Al corral).

## CORRIDA DE UN BUEY,

TERMINADA CON UN BUEN QUIEBRO EN LA MISMA

CABEZA.

Era Pilar muy bonita  
y muy alegre de cascos,  
y andaba en un pie su esposo  
el infeliz Don Mariano.  
Temiendo que á cualquier hora  
le dieran un golletazo,  
iba el hombre por las calles  
con el sombrero calado,  
miraba á diestro y siniestro  
como los que buscan algo,  
y á lo mejor, de carrera  
tornaba á su casa, entrando  
por el balcón unas veces  
y muchas por el tejado.  
Registros escrupulosos,  
acechos y sobresaltos,  
emboscadas, ratoneras,

injurias, avisos falsos,  
combinaciones de trampa  
y recursos minotáuricos,  
todo á la postre era inútil  
y el tiempo pasaba en vano:  
ni una prueba, ni un indicio,  
ni un asidero, ni un rastro;  
nada encontrar conseguía  
el buen esposo escamado;  
pero á la vez ¡qué lenguaje,  
qué pullas y qué sarcasmos  
usaba la desenvuelta  
Pilar! De modo muy claro  
daba á entender al marido  
su propensión á lidiarlo.  
Después de pasar cien noches  
pensando y retempensando,  
el mísero caballero  
resolvió pedir amparo  
á un sacristán muy famoso  
por su virtud, en el barrio.  
El sacristán le oyó y dijo:  
«Eso está malo, muy malo:  
» como Dios no lo remedie,  
» yo no podré remediarlo.  
» En fin, haré lo que pueda:  
» déjelo usted á mi cargo.»



No satisfecho el marido  
con un consuelo tan vago,  
redobló sus precauciones,  
puso la liga en el árbol,  
y ¡oh poder de la constancia!  
salió con su empresa al cabo:  
una tarde ¡gozo inmenso!  
Pilar estaba en su cuarto,  
encerrada, calladita,  
y con el cerrojo echado.  
Naturalmente, el marido,  
para sorprender los pájaros  
llamó á media vecindad,  
al sastre y al boticario,  
al dentista y al sereno,  
al cura y al escribano,  
á la pareja de punto,  
á un inspector delegado  
y á dos herreros fornidos  
que echaron la puerta abajo.  
«¡ Mirad! ¡ Ciertos son los toros!»,  
gritó al punto Don Mariano;  
porque estaba con su esposa  
un señorito muy guapo.  
Era el sacristán, que humilde  
murmuró: «vaya un escándalo!  
» ¿á qué viene este alboroto?

» ¿por qué razón no ha llamado?  
» Prometí á usted ayudarle  
» como amigo y como hermano:  
» yo cumplo lo que prometo,  
» y la estoy catequizando.»  
Se puso verde el esposo,  
fingió Pilar un desmayo,  
marcháronse los vecinos  
llamando estúpido y sandio  
al triste cónyuge, y éste,  
maldiciendo su arrebato,  
salió de allí como jara  
despedida por venablo.  
El sacristán, impasible,  
dijo algunos latinajos,  
y prosiguió su tarea  
con más cachaza que un santo.  
Así dió fin la aventura,  
quedándose Don Mariano  
corrido y agradecido,  
que fue lo chusco del caso.

---

# CORRIDA DE UN TORO COMÚN,

CON PERIPECIAS DE PRIMER GRADO,

Ó SEA CON LAS EMOCIONES ORDINARIAS.

*Comedia en tres actos y en prosa, sin unidad de tiempo, de acción ni de lugar.*

*Personas ó personajes: La Mamá, la Niña, la Amiga, el Tío y el Toro (léase el Caballero).*

\* \* \*

*Acto primero.—En los Jardines del Retiro (léase en la Dehesa).—Escena única.—La Mamá, la Niña y la Amiga sentadas debajo de un alcornoque (1). Acércase el Caballero, saluda, y se sienta en la silla que le ofrece la Mamá y que sirve á la Niña para poner los pieses.*

*La Mamá.*—¿Qué hay, amigo González?

*El Caballero.*—Estoy furioso y me ahoga la cólera.

*La Mamá.*—Por Dios, no se encolerice usted, porque en seguida me acordonó y le fumigo.

*La Amiga.*—¿Pues qué le pasa á usted?

---

(1) Si no hay alcornoques en los Jardines del Retiro, debiera haberlos.

*El Caballero.*—Que con la declaración oficial de que tenemos cólera-morbo-conservador en Madrid, me han rechazado en las provincias una porción de efectos que estaban en camino. Ya saben ustedes que soy corredor, agente de negocios y comisionista, y que desde Madrid envío continuamente muchas mercancías á las provincias inmediatas.

*La Mamá.*—Yo creía que en Madrid no había producción de ninguna clase y que sólo nos cuidábamos de comer.

*El Caballero.*—Eso ha dicho un personaje, lo cual me parece sensible, deplorable y erróneo, pues para opinar lo contrario, basta preguntar en el Ayuntamiento y en el Ministerio de Hacienda lo que paga Madrid por contribución industrial y el número de fábricas que existen en la coronada villa.

*La Mamá.*—¿Y qué piensa usted hacer?

*El Caballero.*—Irme.

*La Mamá.*—¿Huyendo del cólera?

*El Caballero.*—No, señora: es una enfermedad que no me da miedo.

*La Amiga.*—¿Por qué?

*El Caballero.*—Porque me parece un fantasmón mucho menos perjudicial que la política: cuando nos acostumbremos á él, como nos he-

mos acostumbrado á ella, será muy tolerable.

*La Amiga.*—Entonces ¿por qué apela usted á la fuga?

*El Caballero.*—Porque tengo miedo á los gobiernos que se alarman, á los ministros cegados por el amor propio, á las precauciones y á las recetas contra el cólera, y al salvaje terror que esa dolencia inspira á ciertos hombres civilizados. Estos elementos, unidos, constituyen el verdadero cólera que me asusta.

*La Mamá.*—¡Ay! Pues nosotras no podemos salir. Mi pobre hermano está completamente impedido, no desea salir de casa por nada del mundo, y yo no tengo corazón para abandonarle.

*La Amiga* (Aparte).—Ni dinero.

*El Caballero.*—Sentiría mucho que les pasara á ustedes algo malo por no salir de Madrid.

*La Mamá.*—¿Qué dice usted?

*La Amiga.*—¡Jesús!

*La Niña.*—¿Cree usted que va á aumentar la epidemia?

*El Caballero.*—Creo, señorita, que quien no se muera aquí del cólera, podrá morir de la fumigación. Hay remedios tan terribles como la enfermedad.

*La Amiga.*— ¡Qué exagerado es usted!

*El Caballero.*— Vería con el mayor gusto la salida de ustedes, y desde luego pongo á disposición de las tres mi casa de San Sebastián.

*La Amiga.*— Mil gracias.

*La Mamá.*— Un millón de gracias.

*La Niña.*— Dos millones (Aparte). ¡Qué fino! Ya me parecía á mí que me miraba con interés.

*La Mamá.*— ¡Quién sabe si alguna vez podremos aprovechar tan generosa oferta, amigo González! Ya tengo ganas de variar de clima, aunque sea temporalmente, á ver si encontramos novio para esta muchacha. (Tienta del caballero. Primera vara).

*El Caballero.*— No creo que necesite usted salir de Madrid para encontrar lo que desea.

*La Mamá* (Aparte).— Es toro de lidia.

*La Niña* (Al caballero).— No me forjo ilusiones. (Segunda vara).

*El Caballero.*— Porque no querrá usted fijarse.

*La Mamá* (Aparte).— Cuando digo que el hombre sirve...

*La Niña* (Al caballero).— ¿En qué me debo fijar? (Vara número tres).

*El Caballero.*— En los hombres que la conocen á usted y que la tratan.

*La Mamá* (Aparte).— Es muy bravo. Las toma todas.

*El Caballero* (Levantándose).—Siento mucho tener que separarme de ustedes. Me aguardan á las diez y media.

*La Mamá* (Aparte).—Esto es hacer un extraño. Malo. ¿Si se escupirá al hierro?

*La Amiga*.—No se vaya usted de Madrid sin verme antes.

*La Mamá*.—Y sin vernos á nosotras. Ya sabe usted cuál es su casa. Creo que apenas la ha pisado usted una vez...

*El Caballero*.—Prometo solemnemente ir á despedirme.

*La Mamá* (Aparte).—No se escupe.

*La Niña* (Con mucho candor).—¿Cuándo va usted á ir? (Cite á cuerpo descubierto).

*La Mamá* (Rematando la suerte).—Dice bien Julia; sabiendo cuándo va usted á ir, estaremos sin falta en casa.

*El Caballero*.—Iré el lunes.

*La Niña*.—¿A qué hora?

*El Caballero*.—A las doce.

*La Mamá*.—Pues siendo á esa hora, no tiene remedio; almorzará usted con nosotras.

*El Caballero*.—Me distinguen ustedes mucho.

*La Mamá*.—Lo que usted se merece.

*El Caballero*.—Acepto con gratitud.

*La Mamá* (Aparte).—¡Qué voluntario es!

*La Niña* (Aparte).—A este le toreo yo.

*La Amiga* (Aparte).—Lo encerrarán el lunes.

*El Caballero* (Marchándose).—¡Qué bonita es Julia!

Creo que me voy á enchiquerar.

Cae el telón.

\*  
\* \* \*

*Acto segundo.*—*En la casa paterna de la Mamá, del Tío y de la Niña. (Léase en la plaza).*—*Escena primera.*—*La Mamá, la Niña y el Caballero entre ambas, almorzando los tres con apetito de ceremonia. El Tío, sentado en un sillón, inmóvil y con aspecto de momia egipcia.*

*La Mamá.*—González, tome usted este rabanito.

*El Caballero.*—Muchas gracias.

*La Niña.*—González, tome usted esta aceitunita.

*El Caballero.*—Muchas gracias.

*La Mamá.*—¿Conque decididamente nos abandona usted?

*El Caballero.*—Pero volveré pronto.

*La Mamá.*—Si no fuera por mi pobrecito hermano, haría yo ese viaje con mucho gusto.

*El Caballero.*—El gusto sería mío, si aceptaran ustedes la oferta que les hice.





À LA HOYA.



*La Mamá.*— Cuando hay enfermos en una casa, no se tiene libertad ni para moverse.

*El Caballero* (Mirando al Tío).— ¿Lleva mucho tiempo así?

*La Mamá.*— Desde la revolución del 48. Le dieron un susto los liberales, y se quedó paralítico. No puede mover más que la cabeza.

*El Caballero.*— ¡Qué lástima!

*La Niña.*— González, esta rajita de salchichón.

*El Caballero.*— Muchas gracias. (Aparte). ¡Qué bonita es!

*La Mamá.*— De modo... que volverá usted pronto.

*El Caballero* (Sonriendo).— Sí, señora. Veremos si encuentro en San Sebastián un buen partido para Julia.

*La Niña.*— Tráigamelo usted.

*La Mamá* (Enseñando la muela del juicio).— Le pagaremos el corretaje.

*El Caballero.*— No sé si tendré buen gusto para escoger el novio.

*La Mamá.*— Usted no debe tener mal gusto; pero ándese con cuidado en la elección, porque habrá que comparar al nuevo pretendiente con otros de algún mérito. (Cite para la suerte de pica).

*El Caballero.* (Aparte).— ¡Ah! (Toma la vara).

*La Niña.*— González, este pepinillo.

*El Caballero.*—Muchas gracias. Si tiene usted algunos pretendientes, no necesitará que le traiga más.

*La Mamá.*—Por mucho trigo no es mal año.

*El Caballero.*—Yo pensé que no había moros en la costa.

*La Mamá.*—¡Vaya si los hay!

*El Caballero.*—Como usted me dijo que necesitaba un novio...

*La Mamá.*—Lo dije por bromear; pero ya comprenderá usted que á las jóvenes nunca les falta quien les haga la rueda.

*El Caballero.*—Sobre todo, cuando se parecen á Julia.

*La Niña.*—No se burle usted.

*La Mamá.*—Bien sabe Dios que no me ciega la pasión de madre; pero esta criatura tiene gancho.

*La Niña* (Ruborizándose).—¡Mamá!

*La Mamá.*—¿Por qué se ha de ocultar lo que es público?

*El Caballero.*—No se haga usted la chiquita.

*La Mamá.*—Crea usted, González, que ya estaría casada mil veces si hubiera pensado en ello.

*La Niña* (Tapándose la cara con la servilleta).—¡Pero, mamá!...

*La Mamá.*—En tres meses ha despreciado seis par-

tidos. Y no piense usted que eran cualquier cosa: un médico de marina, un brigadier en activo servicio, un comisario de primera clase, dos diputados y un administrador de aduanas.

*La Niña.* — Mamá, del administrador no hablemos. Fue cosa del tío; ya sabe usted que á mí no me dijo nada.

*La Mamá.* — Se lo dijo á tu tío, y me parece que es igual. ¿Verdad, Pepe? ¿Verdad que el administrador te hizo la declaración para Julia?

El Tío mueve la cabeza en sentido afirmativo, pero no por su voluntad, sino merced á un hilo bramante que está amarrado por una punta á su corbatín. La Mamá tiene la otra punta del hilo.

*El Caballero.* — No lo niegue usted, Julia. Cuando su tío lo dice...

*La Mamá.* — El administrador no vino á humo de pajas; sabía perfectamente que la heredera de mi hermano será Julia. ¿Verdad, Pepe?

El Tío vuelve á decir *sí* con la cabeza por el consabido procedimiento.

*El Caballero.* — De modo que el pícaro administrador...

*La Mamá* (Con misterio). — Figúrese usted que antes de su desgracia, Pepe fue vista de aduanas en la isla de Cuba, cuando aquello estaba bien, y sabe Dios lo que se trajo. El no se

franquea con nadie, pero me consta que tiene gato, y gordo. (Segunda pica).

*El Caballero* (Con interés, creciéndose al hierro).—¿Hola, hola?

*La Mamá*.—Ya ve usted si el administrador estaría en autos; como que acababa de llegar de la Habana cuando se fijó en mi niña.

*El Caballero*.—Lo comprendo todo.

*La Mamá*.—No cuajó, porque á Pepe le pareció antipático, y así se lo dijo. Pepe ha tenido siempre el defecto de la franqueza: cuando le disgusta una persona, lo dice, y lo mismo cuando le gusta. Me parece que usted ha de ser de los que le gustan.

*La Niña*.—A mí me lo parece también.

*El Caballero*.—Favor que ustedes me dispensan.

*La Mamá*.—No: usted lo verá, porque él nunca dice lo que no siente. Pepe, Pepito, dinos si te es simpático este caballero.

El Tío dice que sí por el sobredicho sistema.

*El Caballero*.—Muchas gracias.

*La Niña*.—González, este pedacito de pechuga.

*El Caballero*.—Repito.

*La Mamá*.—Pues ya sabe usted lo que le pasó al administrador.

*El Caballero*.—Bien le estuvo.

*La Mamá*.—Por interesado.

*El Caballero.*— Eso es.

*La Mamá.*— Los demás venían siquiera con otras intenciones: ignoraban lo de Pepe y pretendían á Julia por sus prendas personales, aunque sólo por las exteriores. No digo nada si hubieran conocido las otras!

*La Niña.*— Mamá, no me sofoques.

*La Mamá.*— ¿Por qué no se ha de decir lo que es cierto? Claro es que no aludo á tus perfecciones corporales é íntimas, sino á tus cualidades de mujer casera y hacendosa, modesta y bien educada, culta y obediente. Crea usted, González, que lo mismo es para un fregado que para un barrido; lo mismo cose á máquina que sin ella; lo mismo hace una tortilla que toca el piano. Para todo se pinta sola. (Tercera vara).

*El Caballero.*— Lo creo. (Aparte). Bonita, rica, bien educada, y se pinta sola. Pues no hay más que pedir.

*Escena segunda.*— *Dichos. La Amiga.*

*La Amiga.*— Buenos días. (Haciendo que se sorprende de ver á González). ¡Hola, Sr. González! ¿Usted por aquí?

*El Caballero.*— Prometí venir á despedirme...

*La Amiga.*—Tiene usted razón: no me acordaba. Lleva una tantas cosas en la cabeza... (Se sienta). Y D. José, ¿cómo sigue de sus achaques?

*La Mamá.*—Regular.

*La Amiga.*—Pero resignado y tranquilo, ¿no es verdad?

*La Mamá* tira del hilo para que la cabeza se incline, pero el hilo se rompe, y la cabeza no se mueve.

*La Mamá* (Aparte al Caballero).—No contesta, porque no le parece simpática esta señora. Ya ve usted si es franco.

*La Amiga* (Comprendiendo al vuelo la causa de la inmovilidad del Tío).—Es natural que se disguste y no quiera ni contestar, porque verse imposibilitado teniendo *tantos medios* para gozar de la existencia...

*El Caballero.*—Es mucha verdad.

*La Niña.*—González, otra rajita de salchichón.

*El Caballero.*—¡Qué amable es usted!

*La Niña* (Poniéndose muy encarnada).—¿Le disgusta á usted que lo sea?

*El Caballero.* (Con precipitación).—¡Nunca!

*La Amiga.*—Pero ¡que cabeza la mía! Ya se me olvidaba decir á ustedes que van á tener hoy una visita de importancia.

*La Mamá.*—¿Quién?



*La Amiga* (Con misterio).— Nada menos que el general.

*La Mamá*.— Yo creí que se había resentido un poco desde que le desairó Julia.

*La Amiga*.— Lo que consiguió Julia con su desaire fue enloquecerle más: hoy vendrá, como me dijo anoche, para dar la última carga... ¡á la bayoneta! Ya sabe usted que el lenguaje del general es muy pintoresco.

*La Mamá*.— ¿Qué se propone ese hombre?

*La Amiga*.— Casarse á toda costa con Julia. (Puya cargándose sobre la res).

*La Niña*.— ¡Qué tenacidad! Si yo no le quiero; si es demasiado viejo para mí!

*La Amiga*.— Pero ¡qué partido, hija mía! ¡Un general en jefe de los ejércitos nacionales, rico, bien conservado, y con la pechera llena de cruces y atravesada por dos bandas!

*La Mamá*.— Julia está curada de espanto y no se fija en esas cosas.

*El Caballero*.— Cuando hay tanta diferencia de edad...

*La Mamá*.— No crea usted que le gustan mucho los jóvenes, pero tampoco le agradan los demasiado viejos. Ella prefiere un hombre como de cuarenta años. (Es la edad del Caballero). Los pollos son muy empalagosos y los an-

cianos no sirven para nada: un término medio es lo mejor en estos casos. (Banderillas al sesgo).

*La Niña.*—Me encantan las personas formales.

*La Amiga* (Aparte al caballero).—Lo ha dicho encarándose con usted. Me parece que la indirecta... (Banderillas de frente, quedándose en la mismísima cuna).

*El Caballero* (Aparte á la amiga).—Me lisonjea usted demasiado. (Desafiando en los medios).

*La Mamá.*—Tú dirás, niña, lo que le contestamos al general.

*La Niña.*—Que no.

*La Amiga.*—Eso hay que pensarlo bien y con mucha calma.

*La Niña.*—Lo tengo pensado hace bastante tiempo.

*La Amiga.*—Pues señor, no ganan para calabazas los novios de esta niña.

*La Mamá* (Mirando sin pestañear al caballero).—¿Quién sabe si ya tendrá hecha su elección? (Ultimo par de banderillas, apretando).

*La Amiga.*—Sea usted franca, Julia: ¿Tiene huésped ese corazoncito?

*La Niña* (Mirando con rapidez al caballero y bajando inmediatamente los ojos).—Sí, señora. (Brindis, tirando la montera á la res).

*El Caballero* (Aparte, con emoción).—¿Será posible?

*La Mamá.*— ¡Pícara! ¡Cómo se guardaba el secreto!

*La Amiga.*— Los secretos de esa importancia se guardan siempre, por decoro: digo, tratándose de una mujer; porque como nos privan de la elección y sólo podemos escoger entre los que se declaran, si el hombre preferido no es bastante lince para adivinar ó no piensa en la mujer que le quiere, ésta corre el riesgo de no casarse nunca ó de casarse mal.

*La Mamá.*— Habla usted como un libro. (Aparte) ¡Qué buena amiga es! ¡Qué modo de meter el capote!

*La Amiga.*— Por esa razón me encocoran los hombres tímidos. Muchos hay que, por no atreverse á hablar y por no declararse á tiempo, se quedan á la luna de Valencia y causan la desgracia de la mujer que los haría felices. (Ultimos capotazos para poner al bicho en suerte).

*La Niña* (Desplegando la muleta en la misma cara del toro. Pues aunque lo que dice usted lo saben todos los hombres de experiencia, son más los irresolutos que los atrevidos. ¿Verdad, señor González?

*El Caballero* (Cuadrándose).—Según y cómo. (Aparte) Ya no me voy á San Sebastián.

Cae el telón.

\* \* \*

*Acto tercero (dividido en cinco cuadros).*

Lo que pasa en los cuatro primeros cuadros de este acto es ordinario y elemental, como la rutina de la lidia común: el Caballero toma el engaño con la mejor voluntad, y la Niña lo pasa con un cambiado, tres naturales, uno de pitón á pitón y otro de pecho: se cuadra la víctima, cita la matadora, entra el bicho y resulta una estocada á un tiempo, caída y contraria, pero de muerte. Resultado natural, porque el Caballero quería de veras. Estos lances, como cosa prevista, no tienen interés en sus pormenores.

*Cuadro quinto.—Baile de boda en casa de La Mamá. (Léase Fiesta Torera).—Escena única.—La Mamá, La Niña, El Caballero y La Amiga, en un gabinete contiguo á la sala donde bailan los convidados.*

*La Mamá* (Aparte á la Amiga).—¡Por fin! Ahora que lo veo lo creo.

*La Amiga* (Aparte á la Mamá).—No hay cuidado. Ya no se nos puede escapar.

*La Mamá*.—¿Cómo le diremos que Pepe no tiene un real y que la Niña tiene lo mismo?

*La Amiga*.—Eso ya lo averiguará él. Cuando lo sepa, como ya no sirve de nada el arrepentimiento, tendrá que consolarse.

*La Mamá*.—Hemos trabajado bien la partida.

*La Amiga*.—Yo me la comí desde el primer día que González vió á Julia: se la quería tragar con los ojos.

*La Mamá.*— Usted nos ha ayudado mucho.

*La Amiga.*— Si las mujeres no se auxilian mutuamente, pobres de ellas. Los hombres sólo las ayudan á caer.

*La Mamá.*— Pero ¿será feliz Julia con ese tipo?

*La Amiga.*— Eso no importa. Lo importante es pescar marido.

*El Caballero* (Aparte á Julia).— ¿Pasaremos la luna de miel en San Sebastián?

*La Niña.*— Sí, pero con mamá y nuestra amiga.

*El Caballero.*— Como tú quieras.

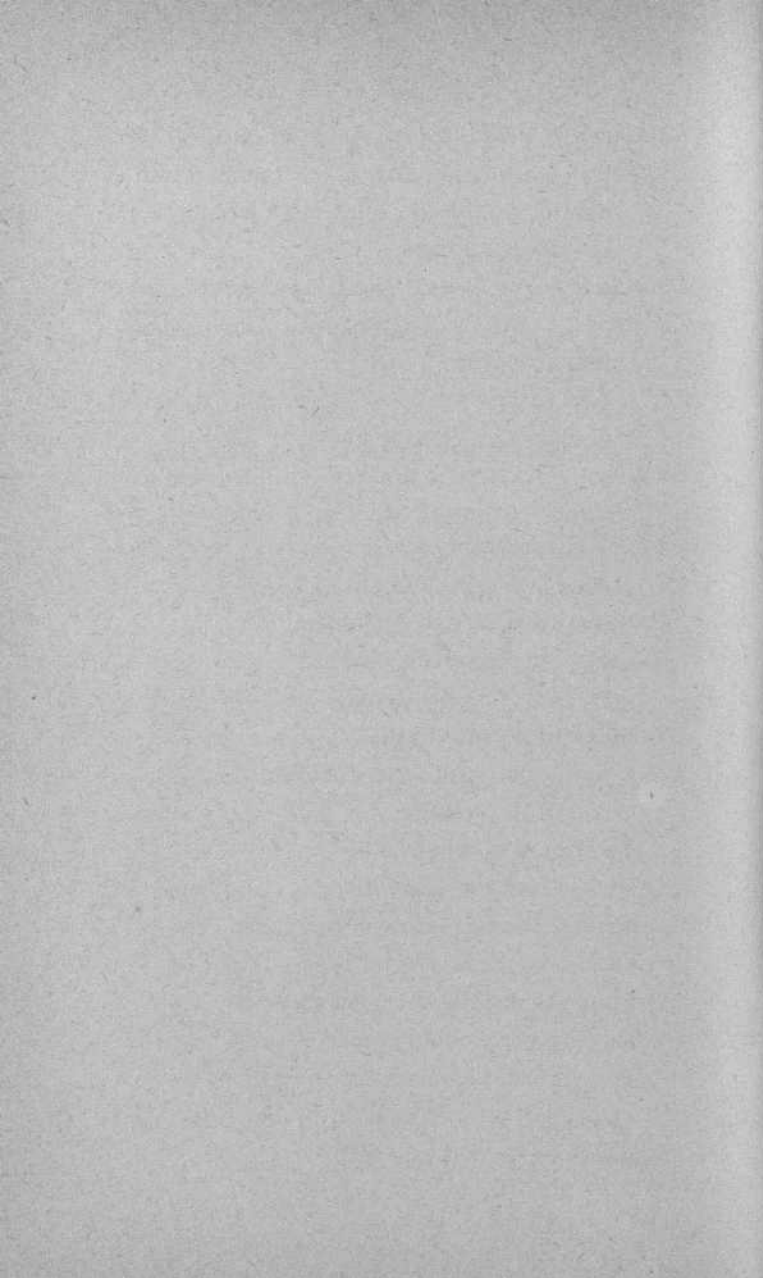
*La Niña* (Aparte).— Empieza concediendo. Es mío.

*El Caballero* (Aparte).— ¡ Es un ángel!

*La Niña* (Aparte).— Ya sabía yo que le podía torear.

Cae el telón.

---



## LIDIA DE UN CHOTO INEXPERTO

FUNCIÓN SOSA, POR LO QUE TIENE DE GOMOSA.

El sietemesino Luís  
era un polluelo de fama,  
que estuvo un año en la cama  
por estar otro en París.  
Aunque su madre tenía  
un capital y una renta,  
la renta no entraba en cuenta;  
el niño se la comía.  
Siempre de bulla y jaleo  
andaba nuestro angelito,  
echándolas de perito  
en el arte del toreo.  
Mas, por brillar en su esfera  
como noble y como chulo,  
llevaba con disimulo  
su proverbial arranquera.  
Entre las damas galantes

que le amaban con ardor,  
era el tipo superior  
*la chula de los brillantes:*  
Mujer de muchos arrimos,  
que navegaba entre escollos  
viviendo á costa de pollos  
y andando á caza de primos.

En una sesión secreta  
le dijo al nene la chula:

—«No me salva ni la bula:  
»estoy sin media peseta.»

Y Luís preguntó arrogante:

—«¿Qué quieres?»—«Quiero mil duros.»

—«¿Con ellos saldrás de apuros?»

—«Sí tal.»—«Pues vuelvo al instante.»

Salió azorado el pazguato,  
y dijo:—«¿Seré yo bobo?

»Si no los tengo, los robo:

»si no los busco, me mato.»

Cual si buscara la gloria,  
buscó Luís, á mano airada,

y volvió á ver á su amada,  
diciendo á gritos:—«¡Victoria!

»Toma el dinero: aquí está:

»¡se despejó el horizonte!»

(Y quedaron en el monte  
las alhajas de mamá).



# LIDIA TOTAL

DE UN CABESTRO MARRAJO.

Terceto de Doncella, Suegra y Vejestorio, escrito en lenguaje vulgar y traducido literalmente al idioma taurino.

## IDIOMA VULGAR.

*Vejestorio.*—¿Por qué lo he de negar, señora? Confieso que es muy simpática la niña.

*Suegra.*—Pues no negaré que ella simpatiza con usted muy especialmente.

*Vejestorio.*—Si no fuera por la diferencia de edad...

*Suegra.*—No es mucha; y tratándose de matrimonio, son preferibles las personas formales.

*Vejestorio.*—Eso lo dice

## IDIOMA TAURINO.

—Soy cabestro, pero de buena ganadería, y aun me queda la afición á embestir.

—Aunque no tenga usted poder, como le quede algo de voluntad, le lidiaremos.

—Lo malo es que ya he perdido las piernas.

—Los toros aplomados son muy á propósito para el último tercio.

—Sin embargo, resulta

usted porque tiene experiencia, pero las jóvenes piensan de otro modo. ¿Verdad, niña?

*Doncella.*—Yo pienso lo mismo que mi mamá.

*Vejestorio.*—¿De modo que, se casaría usted conmigo?

*Doncella.*—Sí, señor.

*Vejestorio.*—Reina, arcángel, hurí, diosa,—siempre se alegra el infierno—cuando forman lazo eterno—el caracol y la rosa.

*Doncella.*—A mí me tiene sin cuidado.

*Vejestorio.*—Pero á mí no.

*Suegra.*—¿Por qué?

*Doncella.*—Eso digo yo, ¿por qué?

*Vejestorio.*—Porque no puedo ser más que un padre para esta niña, aunque sea su marido.

muy deslucida la faena cuando el toro no hace por la diestra lo que ella quiere.

—Tienes muchos años y una cuerna muy fea, pero eres rico.

—Mira que si te descuidas te corto el terreno.

—Me meto en la cuna.

—Reina, arcángel, hurí, diosa,—¿no sabes que huele á cuerno—cuando forman lazo eterno—el caracol y la rosa?

—Yo toreo libre de cacho. Eso es cuenta tuya.

—Cuanto más buey, más escamón.

—Entra, chucho.

—¿No ves que te cito á cuerpo limpio?

—Ya veo que sueltas el capote, pero me darás un quiebro y no estoy para fiestas.

- Suegra.*—Eso es lo que necesita ella. Los maridos, en concepto de hombres, le causan horror.
- Vejestorio.*—¿Tiene motivos particulares para pensar así?
- Suegra.*—Los tiene.
- Vejestorio.*—¡Ah! en ese caso, yo no tendría inconveniente...
- Doncella (Aparte).*—Entra por uvas.
- Suegra.*—Con tal que no sea usted un tirano...
- Vejestorio.*—¿Eh?
- Doncella (Aparte á la suegra).*—¿Qué necesidad había de decir eso ahora?
- Suegra.*—Ya sabe usted que todas las madres somos desconfiadas; creemos que nadie puede hacer la felicidad de nuestras hijas.
- Los toros revoltosos y que rematan en los tableros no gustan á esta lidiadora.
- ¿No puede saltar la barrera? ¿Se resiente de algo?
- Es muy torpe.
- Si me acepta por lo manso y por lo descompuesto...
- Eso es escarbar para echarse.
- Pero no dé usted hachazos cuando ella se confie.
- ¡Ojo! que aun estoy vivo.
- No sabes dar la puntilla. Lo tenía ya en el suelo, y me lo levantas.
- Lo he dicho porque hay bueyes de mala intención que salen recogiendo después de estar entablerados un par de horas.

*Vejestorio.*—Pues hablando con mi natural franqueza: si la niña me toma por lo que soy, me aguanta como estoy, y no me pregunta adónde voy, me caso con ella inmediatamente.

*Suegra.*—¿Procurará usted hacer su felicidad?

*Vejestorio.*—Sí, señora. (Aparte). Si se porta mal, no la doy un maravedí.

*Suegra.*—Dios los haga dichosos.

*Doncella.*—Amén. (Aparte). En cuanto le saque el testamento á mi favor, ya verá quién soy.

—Yo me voy al bulto, pero sin enmendarme en el viaje. Acepto la lidia siempre que no se me den recortes ni capotazos para quitarme la poca agilidad que tengo.

—¿Se pondrá usted en suerte cuando traten de torearlo?

—Sí: menos cuando comprenda que me van á pinchar.

—Pues al redondel.

—Vamos. Así que yo te conozca la querencia, vas á la hoya.

## LIDIA DE UN TORO DE SENTIDO.

Don Antonio Pinatar  
era un hombre de sentido,  
tan difícil de lidiar  
como el toro más corrido  
que sale del Colmenar.  
Gustaba de Filomena,  
criatura bonita y buena  
y ansiosa de matrimonio,  
pero aterrábase Antonio  
al pensar en la cadena.  
La madre de la criatura,  
mujer sabia y ocurrente,  
discurrió una travesura  
para meter en cintura  
la intención del pretendiente.  
—«Lo que el amor no consiga,  
«lo conseguirá el despecho»,  
dijo la fiera enemiga;  
y untó la rama de liga  
para consumir el hecho.

Delante del ser amado,  
Antonio estaba sentado  
sin decir oxe ni moste,  
y Filomena, á su lado,  
callábase como un poste.

Pero esta sana costumbre  
se rompió en funesto día:  
hizo mamá que salía,  
y Filomena dió lumbre  
diciendo *que se moría*.

— «¿Morirte tú? ¿Por qué causa?,»  
exclamó Antonio, furioso:

y ella, con rostro lloroso,  
dijo:— «¡Ay de mí!» (breve pausa):  
»ya me han buscado un esposo.»

— «¿Un esposo?» — «Noble y rico,  
»mas no tiene tu salero;  
»y aunque quizá perjudico  
»mi porvenir, ¡yo me muero  
»si me casan con un mico!»

Calló Antonio: Filomena  
quedóse muy afligida,  
y lloró con mayor pena  
que la triste Magdalena  
cuando estuvo arrepentida.

. . . . .

Mala noche pasó Antonio,

á vueltas con la coyunda:  
soñó que estaba el demonio  
propinándole una tunda  
con el santo matrimonio.

—«Casarme, será morir,»

pensó: «¡terrible agonía!

» Y ella, ¿qué hará? Sucumbir...

» ¡Yo no puedo consentir

» semejante picardía!»

. . . . .

Lo que el amor juzgó mucho,  
para el despecho fue nada:  
rindióse Antonio á su amada,  
y del primer arrechucho  
la sacó depositada.

Se casaron sin demora:

y cuando los dos volvieron

ante la madre traidora,

¡qué chistes se le ocurrieron

á la bendita señora!







## LIDIA PARCIAL

DE UNA RES BURRICIEGA.

El caso que voy á referir es muy común, y tiene tan poquísimos interés como las cosas que vulgariza la costumbre.

Un caballerito de buena familia, esclavo de la tradición de la casa y de la voluntad de sus padres, recibe el encargo de enamorar oficialmente á su futura esposa, joven que le estaba dedicada desde que nació.

Todavía son muy frecuentes estos ridículos y perniciosos enlaces. Cuando sin consultar para nada la voluntad de los novios se sacrifica todo á los inmorales preceptos de la conveniencia, la lidia amorosa es una función de mojiganga, que sale como una corrida ensayada previamente por los toberos y el cornúpeto.

Así, la lidia parcial de Don Homobono, Siete-puentes y Trescastillos, se reduce á lo que sigue:

— «Mi querida prima Doña Enriqueta Ochomon-

»tañas y Nuevequintas: yo soy tu primo el Homobono, y vengo á que me lidies parentescamente: me traen amarrado con la voluntad paternal; así es que me puedes considerar burriciego, présbite ó míope y lidiarme de cualquier manera para acabar pronto, porque no he de topar aunque te encunes, y desde ahora me doy por manso, y por picado, banderilleado y muerto».

En vista de esta declaración, la prima toma los avíos sin el menor entusiasmo, da tres ó cuatro pases á la atmósfera y cuelga el estoque en la oreja izquierda de Don Homobono.

Á continuación llega la mamá suegra, da un cachetazo en el planeta, fingiendo que se lo da al pariente, y acaba la corrida entre los bostezos del toro, de la cuadrilla y de los espectadores.

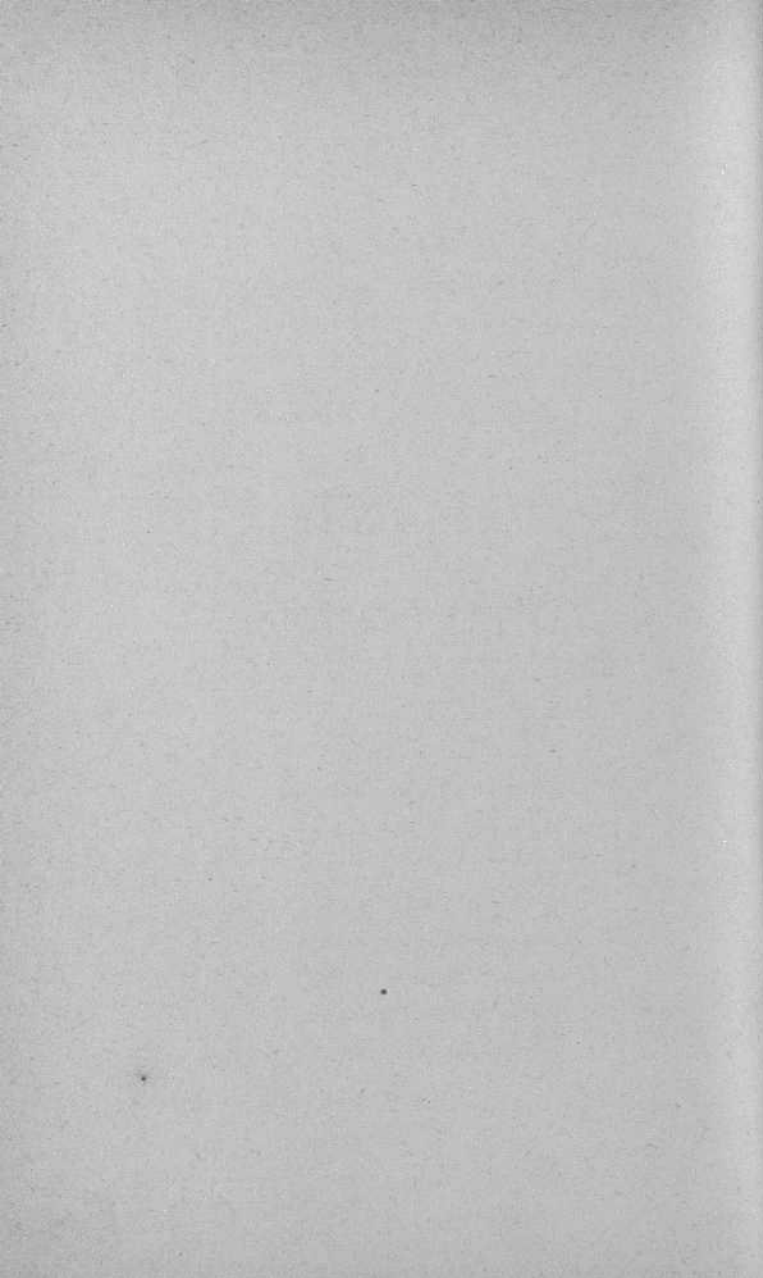
---

SEXTA PARTE.



ANÉCDOTAS TAURINAS

Y AXIOMAS Y PENSAMIENTOS TAUROMÁQUICOS.



## ANÉCDOTAS TAURINAS.

—

### ECHAR UN CAPOTE.

Estaba en una visita  
el subteniente Fernández  
mirando mucho á una joven  
que estaba para mirarle.  
Estuvo en ello sin duda  
una amiga de la madre  
de la joven, porque dijo  
al subteniente mirante:

—«¡Qué deliciosa muchacha  
»es aquella! ¡y tan amable!  
»¡y tan humilde! ¡y tan fina!  
»¡y de un porvenir muy grande!  
»¡y con un cuerpo gallardo,  
»y tres lustros no cabales!  
»y que si no me equivoco...  
»le gustan los militares.»

## QUITAR PIES AL BICHO.

(HISTÓRICO).

Un jardinero, indignado,  
dijo á su suegra:—«¡Es de ver  
»el chasco que se me ha dado!  
»Llevo dos meses casado,  
»y ha parido mi mujer.»  
Ardiendo la suegra en ira  
dijo con mucho salero:  
—«Tanta ignorancia, me admira:  
»¡hombre, parece mentira  
»que te llames jardinero!

»Nunca el terreno es igual:  
»uno es débil y otro activo,  
»uno da bien y otro mal,  
»y el virgen y el erial  
»piden diverso cultivo.

»Pues si esto se halla probado,  
»¿cómo te quejas, gran bruto,  
»de un terreno sazonado  
»que te brinda con el fruto  
»sin haberlo cultivado?»

## UNA LARGA.

DIÁLOGO DE AFICIONADA Y CHOTO.

*El.*—Yo te adoro, Clotilde;  
tú eres ¡ay! la mujer más peregrina,  
la más encantadora, la más bella,  
la más empedernida.  
¿Por qué desairas mi pasión ardiente?  
¿por qué me has de privar de tus caricias?  
¿por qué no escuchas al honrado joven  
que tu felicidad completaría?

*Ella.*—Ya te escucho, Pilili:  
ya comprendo tu amor y sé que aspiras  
á estrecharme en tus brazos cariñosos;  
mas dime: ¿tienes guita?

*El.*—Ni guita ni guitarra; pero aguardo  
diez duros.

*Ella.* —¿Tardarán?

*El.* —Catorce días.

*Ella.*—Pues vuelve cuando cobres, choto cursi;  
mas lárgate en seguida.

*El.*—Me dejas en los medios, patitieso.  
¿Eres tú Lagartijo?

*Ella.* —Su discípula.

## MARRONAZO.

Una señora muy vieja,  
pero de rostro de agraz,  
iba siempre á las tertulias  
en demanda de un galán.  
Fijóse en un caballero  
con trazas de militar,  
y para darle una prueba  
de su longanimidad,  
le apretó mucho la mano,  
le arregló el pico del frac,  
le compuso la corbata,  
en fin, mostróse locuaz  
diciéndole algunas cosas  
que no es fácil revelar.  
Y cuando estaba esperando  
que él dijera mucho más,  
con exquisita finura  
le respondió el oficial:  
—« Señora, yo pertenezco  
» á las tropas de Ultramar:  
» con tan plausible motivo,  
» usted me dispensará. »



## PUYAZO EN LA PALETILLA.

(HISTÓRICO).

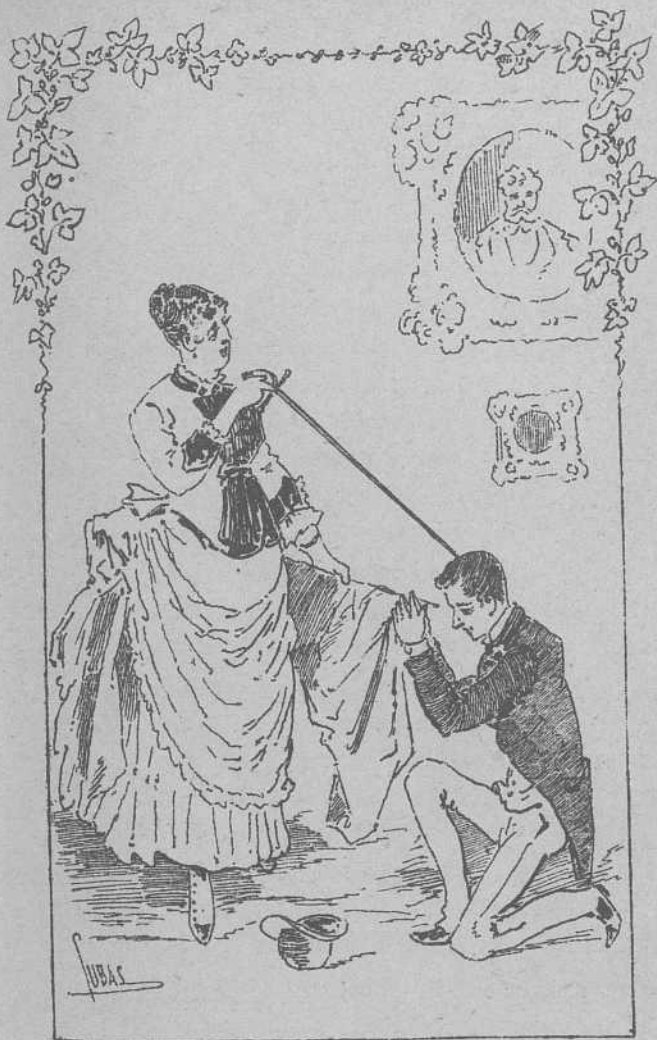
Cierta viuda muy famosa  
por su virtud, con un viudo  
se casó, y á los tres días...  
no diré lo que le puso,  
mas algo debió ponerle  
que le sirvió de disgusto.  
El hecho fue tan notorio  
que todo el orbe lo supo,  
y de él se habló como cosa  
capaz de asombrar al mundo,  
porque la viuda gozaba  
del renombre más augusto,  
de la gloria más inmensa  
y del concepto más puro.

El juez la dijo asombrado:  
—«¡Esto es atroz, es absurdo!  
»¡Pecar usted en tres días,  
»cuando jamás en seis lustros  
»se le han conocido amantes  
»ni belenes ni tapujos!  
»En su primer matrimonio

» hizo usted del santo nudo  
» cadena de amor sublime,  
» ostentada con orgullo  
» por el dichoso marido  
» que ahora yace en el sepulcro.  
» Lo que dió usted al primero  
» ¿por qué no darlo al segundo?  
» La que humilló á cien amantes  
» ¿por qué se humilla con uno?  
» Usted, tan digna, tan fuerte,  
» tan severa, ¿cómo pudo  
» lo que ganó en tantos años  
» regalar en un minuto.»

La viuda escuchó asombrada  
y humildemente repuso:

— « Ignoro si ha sido grande  
» mi error, y no me disculpo;  
» mas hablando con franqueza,  
» protesto y afirmo y juro  
» que siempre he sido la misma  
» sin disfraz ni disimulo:  
» no me rendí á los amantes,  
» porque no tuve ninguno.  
» y como no soy torera  
» ni entiendo de subterfugios,  
» el primero que ha topado  
» figúrese usted: al bulto.»



DESCABELLO Á LA PRIMERA.



## TOMAR EL OLIVO.

Un cerero muy audaz,  
choto de fina vacada,  
pensó no dejar en paz  
á una torera casada.

Llamábase picadora  
la torera de mi cuento,  
y picaba la señora  
mucho menos que un pimiento.

Él se puso encampanado,  
y ella, echándola de lista,  
para dejarle burlado  
le concedió una entrevista.

Mas cuando en el redondel  
vió al cerero la torera,  
se quedó como el papel  
y más blanda que la cera.

Y dijo rápidamente  
poniendo el rostro afligido:  
—«Váyase usted, imprudente,  
»que está en casa mi marido.»

## SALIR EN FALSO.

(HISTÓRICO).

La Arnould, actriz muy famosa  
por su talento y su estampa,  
primera banderillera  
de las cuadrillas de Francia,  
fue á visitar á Voltaire  
un lunes por la mañana,  
con la intención ominosa  
de ponerle un par de á cuarta.

Entonces, el gran filósofo,  
por la edad y otras mil causas,  
era un viejo pergamino  
arrugado como pasa.

La Arnould miróle atrevida,  
hizo quinientas monadas,  
y por fin le brindó un beso  
con remuchísima gracia.

Voltaire se mordió las uñas  
y dijo á la ilustre dama:

—«¡ En qué ocasión me lo ofreces!  
» cuando ya no tengo cara!»

## QUIEBRO Á CUERPO LIMPIO.

(HISTÓRICO).

A buscar leña del monte  
salió el rústico Miguel,  
y detrás de un pino verde  
tropezó con su mujer  
al tiempo que tropezaba  
ella con Bartolomé.  
Delante de la justicia  
presentáronse los tres,  
y dijo el marido: —«Juro  
» por mi casta, señor juez,  
» que hablando criminalmente  
» á viva voz los hallé.»  
—«¡Qué calumnia tan infame!,  
» dijo al punto la mujer;  
» estuvimos en el monte  
» Bartolo y yo más de seis  
» horas seguidas, y afirmo  
» y puedo jurar á usted  
» que no soltamos la lengua  
» ni para decir amén.»

## PARCHEO DE FRENTE.

(HISTÓRICO).

Un hombre recién casado  
empezó á desesperarse  
porque en tres meses y pico  
tuvo su esposa un infante.  
Pidió consejo á un filósofo  
que le llamaba compadre,  
y éste, soltando la risa,  
le respondió: — «No te alarmes:  
» la mujer suele hacer esto  
» la primera vez que pare;  
» y aunque la naturaleza  
» se empeñe en adelantarse,  
» yo evitaré de seguro  
» que se repita el percance.»  
— «Mil gracias, dijo el esposo;  
» pero, al fin, es indudable  
» que ella ha parido temprano.»  
Y el filósofo tunante  
le replicó: — «Pero ha sido  
» porque te has casado tarde.»



## CITAR PARA REPETIR.

(HISTÓRICO).

Estaba una primeriza  
con mil ansias dando á luz,  
y diciendo : — « ¡ Que me maten !  
» ¡ No puedo más ! ¡ Ay, Jesús ! »  
Acongojado el esposo,  
con tierna solicitud  
se aproximó á la doliente  
y dijo : — « ¡ Soy un atún,  
» un bárbaro, un miserable,  
» y juro por esta cruz  
» no reincidir en mi falta  
» ni atentar á tu salud ! »  
Serenóse de improviso  
la mujer, y exclamó : — « Tú  
» no sabes lo que te dices :  
» me duele, pero según  
» afirman las comadronas,  
» la experiencia da aptitud,  
» y cada vez duele menos  
» y es más corto el patatús.  
» Con que á callar, y no trates  
» de echártela de gandúl. »

## MEDIO PAR CAÍDO.

Una muchacha , celosa  
de su prima y de su novio,  
los encontró en sus jardines  
arrimaditos á un chopo.  
Trató de soltar á entrambos  
dos frescas de tomo y lomo  
y quiso á la vez mostrarse  
indiferente á su oprobio.  
Pero ni supo ni pudo  
hacerlo, y dijo tan sólo:  
—«Felices tardes, señores;  
»ustedes dirán si estorbo.»  
—«¿Estorbar tú? ¡Qué locura!»  
le contestaron los otros;  
y prosiguieron su charla  
con más intención que un toro.  
Ella dijo : —« Son las siete :  
»¿ comemos juntos, ó como  
»yo sola?» Pero el ingrato  
respondió : —« Vé tú : supongo  
»que preferirá tu prima  
»cenar conmigo á las ocho.»

## BANDERILLAS DE SORPRESA.

Estaba Felipe ausente  
de Teresa, su mujer,  
y la quiso sorprender  
volviendo secretamente.  
«¡Qué gusto, pensó el traidor,  
» si la dejo sorprendida :  
» no ha de tener en su vida  
» una sorpresa mejor.»  
Llegó, y en la oscuridad,  
subiendo por una escala,  
pudo meterse en la sala  
donde estaba su mitad.  
Logró al fin el marrullero  
dar la inocente sorpresa,  
y se encontró á su Teresa  
en brazos del cocinero.  
Entonces pudo el marido  
sentir las dulces cosquillas  
que causan las banderillas  
á un cabestro sorprendido.

## BANDERILLAS QUEBRANDO.

Estaba haciendo el retrato  
de la señora de un duque  
un retratista famoso  
por su genio y sus costumbres.  
Entró de golpe el marido  
en el taller, y vió el cutis  
de su esposa, todo entero,  
libre de gasas y tules.

— «¡Qué infamia! ¡Qué horror! ¿Qué hiciste?»  
dijo. Y ella, con voz dulce  
respondió tranquilamente :

— «Sólo he querido que juzgue  
» de mi pureza de líneas :  
» ¿qué importa que me desnude?  
» Un artista no es un hombre,  
» y el arte todo lo encubre.»

Viendo á su esposa tan fresca,  
se quedó tan fresco el duque.

## BANDERILLAS EN SILLA.

Serafín, sietemesino  
de la raza de Madrid,  
pidió la mano de Adela,  
joven hermosa y gentil.  
A la casa de su amada  
fue en busca del dulce *sí*,  
recibióle doña Nieves,  
la mamá del querubín,  
y poniéndole una silla  
le dijo con mucho *chic*:

—«Siéntese usted, señorito.»

Juzgándose ya feliz,  
cómodamente en su asiento  
se arrellanó Serafín.

Entonces dijo la madre:

—«Ilustre chisgarabís,  
»le voy á sacar los ojos  
»como vuelva por aquí.  
»Lárguese usted al momento:  
»no tengo más que decir.»

Tomó el pollo la escalera  
y no paró hasta Pekín.

## PASE NATURAL.

(HISTÓRICO).

Un vejete picolargo  
más corrido que la posta,  
le puso las baterías  
á una joven buena moza.  
Pintó su amor de mil suertes  
en románticas estrofas  
y no recibió más pago  
que mil desaires en prosa.  
Una vez que con su amada  
logró tropezar á solas,  
le dijo puesto de hinojos:  
— «¿Por qué no me das, pichona,  
» una esperanza siquiera?  
» ¡ Dame, dame alguna cosa! »  
Y le respondió la joven:  
— « Le doy á usted, señor posma,  
» unos cien años cumplidos  
» y los que mamó de gorra.  
» Con ese caudal... de días,  
» tendrá usted tiempo de sobra  
» para gastarlo con unas  
» si no lo pierde con otras. »

## PASE DE PECHO.

Estudiaba para cura  
el travieso Nicanor,  
y con las obras de Kempis  
y otras de la religión  
pasábase por las noches  
lo menos hasta las dos.  
En una de estas veladas,  
su tía doña Leonor  
(doncella de algunos años  
aunque hermosa como un sol),  
para ver si él se dormía  
dicen que se le acercó.  
Ya porque fuera la dama  
en busca de su colchón,  
ya porque el chico era tierno  
y no alzaba ni la voz,  
ó ya porque algún corchete  
quiso hacer este favor,  
en presencia del muchacho  
la señora demostró

que tuvo su fundamento  
el embarque de Colón.  
La hermosura de ambos mundos  
presentóse á Nicanor;  
y el chico dijo:—«¡Demonio!  
«también me embarcara yo.»  
Y mientras que la señora,  
con más paciencia que Job,  
se puso á mirar en dónde  
terminaba la lección;  
el inocente sobrino,  
poniendo un rostro feroz,  
á los blancos hemisferios  
una revista pasó.

Marchóse por fin la dama,  
y él dijo:—«¡Válgame Dios,  
» y San Pedro y San Antonio  
» y San Juan y San Eloy  
» con Santa Rosa de Lima  
» y la virgen de la O!  
» Después de este horrible pase  
» que pasa de tentación,  
» por mucho que diga Kempis  
» prefiero á doña Leonor.»



## PASE EN REDONDO.

Recorriendo Don Ambrosio  
la calle de la Garduña,  
vió á Luz, hijastra postiza  
de la mamá Restituta.  
Por ser persona de luces  
gustó de Luz, y sin duda  
para lucirse con ella  
le dió habitación muy cuca  
en la calle de Luciente  
y luego en la de la Luna.  
La niña, mamá y el novio,  
tres caracteres de azúcar,  
estaban como en la gloria,  
más divertidos que nunca:  
pero lo bueno y lo dulce  
ya se sabe lo que duran.  
Ambrosio llegó una noche  
á gozar de su fortuna,  
y oyó dentro de la casa  
cierta voz y cierta bulla.

—«Debe haber gato», se dijo:

»y voy á enseñar las uñas.»  
Dispuso el brillante acero,  
y con cautela gatuna  
el llavín del contrabando  
metió por la cerradura.

—«¡Ladrones!» gritó la madre:  
y atropellada y convulsa  
cayó en los brazos de Ambrosio  
cubriéndole la figura  
y le hizo dar media vuelta  
lo mismo que á los reclutas.

—«¿Qué pasa?»—«No pasa un alma».  
—«¿Qué gente hay aquí?»—«Ninguna:  
»pero al ver que usted venía  
»con ese rostro que asusta,  
»he perdido la cabeza  
»y me hallo patidifusa».  
Mientras que daba la madre  
tan peregrina disculpa,  
se largó por la ventana  
el héroe de la aventura;  
y Ambrosio quedóse inmóvil,  
mirando á la Restituta,  
sin comprender lo ocurrido,  
enfrente de Luz, y á oscuras.

## PINCHAZO EN HUESO.

(HISTÓRICO).

Solos estaban los dos,  
él era audaz, ella hermosa,  
pidió el amante *por Dios*,  
y ella se puso furiosa.  
Entonces él, decidido,  
quiso echarla de valiente,  
y ella sacó del vestido  
una pistola imponente.

—«¡Ay de tí si das un paso!,»  
gritó la hermosa con fuego:  
y él, evitando un fracaso,  
tomó las de Villadiego.  
Y al ver que tan vivo alarde  
terminaba de tal suerte,  
dijo la dama:—«¡Cobarde!  
»¡Qué miedo tiene á la muerte!»

Ahora, conviene advertir  
que la bella no era impía,  
pues sacaba, por cumplir,  
una pistola vacía.

## VOLAPIÉ HASTA LA MANO.

Un usurero retinto,  
cobarde y enamorado,  
préndose de una chiquilla  
que era más diestra que *El Gallo*.  
Pidió el galán á la dama  
una cita; sin reparo  
la obtuvo; bendijo al cielo  
y se apercibió al asalto.  
Mas en el punto... de punta  
(del que por punto me aparto)  
la chiquilla dijo: «vengan  
»dos mil pesetas, ó llamo  
»á mi papá, que está en casa».

Sorprendido y aterrado  
levantóse el usurero,  
soltó en billetes los cuartos  
y se tiró de cabeza  
por la ventana (1).

---

(1) Me es grato  
advertir que esta corrida  
se efectuó en un piso bajo.

## LA PUNTILLA.

Después de un fino toreo  
rematado con holgura,  
presentáronse ante el cura  
Eduvigis y Tadeo.

Ella, alegre y satisfecha  
de su lucido trabajo;  
y él, sintiendo un bajonazo  
en la espaldilla derecha.

La mamá, que es de rigor  
en los lances de importancia,  
se puso con arrogancia  
detrás del altar mayor.

Y cuando hincó la rodilla  
diciendo *que sí* el marido,  
la suegra dijo: —«¡Perdido!»  
y le metió la puntilla.

Dijeron todos: —«Casado  
está el señor Don Tadeo.»

Pero él repuso: —«Yo creo  
que estoy muerto y enterrado.»

## EN EL DESOLLADERO.

Ya está el ratón en la trampa,  
ya se ha casado Vicente,  
y aunque sepa la salida,  
no saldrá, porque no puede.  
Todos bailan en la boda  
y hacen bailar al imbécil,  
y la suegra, las comadres,  
los amigos, los parientes,  
hablando del pobre esposo  
están poniéndolo verde:

—«¡Vaya un tipo!» —«¡Vaya un hombre!»

—«¡Yo no sé lo que parece!»

—«Tiene boca de cochera.»

—«Pues es lo mejor que tiene.»

—«¡Qué lástima! ¡Qué criatura  
»hemos dado á ese zoquete!»

—«¡Permita Dios que la chica  
»le domine!» —«¡Que le pegue!»

—«¡Qué animal!» —«¡Qué mameluco!»

—«¡Es indigno de su suerte!»

¡Oh pérfidas matadoras!

¡Oh vengativas mujeres!

¡Así tratáis á los hombres  
después de darles cachete!

## UN ACHUCHÓN.

(HISTÓRICO).

Á Champfort, siendo ya anciano,  
dijo una joven belleza:  
—«Le brindo á usted, con franqueza,  
» mi corazón y mi mano.»

Y dijo Champfort: —«Criatura  
» celestial, virgen amable,  
» mujer la más deleitable  
» y de mayor hermosura,  
» ¿Cómo pagar lograría  
» con oro, muerte ó victoria  
» la nunca soñada gloria  
» que me ofreces, hija mía?

» Pero calma tu arrebató  
» y busca mejor partido:  
» dos pasiones he tenido:  
» la mujer y el celibato:

» La primera, ya no inunda  
» de gozo mi edad postrera:  
» y pues perdí la primera,  
» no me quites la segunda.»

## COGIDA LEVE.

Como potro desbocado  
llegó el colegial Felipe  
á la casa de sus tíos  
los baroneses del Mimbres;  
y notó que, en la familia,  
lo más bello y más sublime,  
la más apreciable joya  
y el más sabroso confite  
hallábanse vinculados  
en la robusta Clotilde,  
institutriz, según cuentan,  
y doncella, según dicen.  
El colegial, que era alegre  
por no desmentir su estirpe,  
quiso probar á qué saben  
las guapas institutrices,  
y dejó un beso en la boca  
de la hechicera Clotilde.  
Gritó indignada la joven.  
Y él respondió: — «Si me riñes  
» porque te disgusta el beso,  
» devuélvemelo, y *pax Christi.*»



## COGIDA GRAVE.

Por echarla de diestra  
doña Ramona,  
permitió á su futuro  
no sé qué cosas.  
Respondiendo el amante  
con esperanzas,  
arregló los papeles  
y la casaca.  
Cuando ya estuvo listo  
lo necesario,  
vino el juez, y vinieron  
los convidados.  
Y al entrar en la sala  
doña Ramona,  
su presunto marido  
se fue con otra.

Hay mujeres audaces  
que buscan tontos,  
y se quedan compuestas  
pero sin novio.

## CORRIDA DE CUATRO TOROS,

Á UN TIEMPO, SIN DIVISIÓN DE PLAZA.

En una casa muy cursi  
de la calle del Olivo,  
número non, piso cuarto  
con pretensiones de quinto,  
se celebraban tertulias  
los jueves y los domingos.  
La señora de la casa,  
jamona de corte antiguo,  
*se quedaba* algunas noches  
en su ilustre domicilio  
con el objeto laudable  
de obsequiar á sus amigos:  
en la escalera ponía  
unos cuantos farolitos,  
y daba como refresco  
agua con azucarillos (1).

---

(1) Muchas veces, con azúcar terciada, de Puerto Rico, medio limón, de Alicante, y liquido, del botijo, tomaban los convidados un refresco superfino.

La brisca, el tute y el burro  
y otros juegos no prohibidos,  
mezclados con el de prendas  
y con varios imprevistos,  
eran fuente caudalosa  
de apacible regocijo;  
y aunque tales elementos  
(al decir de algún vecino  
envidioso, deslenguado,  
insolente y atrevido),  
daban grima por lo pobres  
cuando no por lo ridículos,  
ni en Madrid ni en Antequera,  
ni en París ni en el Olimpo  
hubo ni hay ni habrá señora  
de más nombre ni más viso  
que doña Juana Cienfuegos  
Chupacharcos y Canijo,  
la que daba las tertulias  
en la calle del Olivo.



Se dieron en esta plaza  
muchas corridas de tíos  
y algunas de toros bravos,  
de babosas y de primos,

amén de las de cabestros,  
chotos, vacas y maridos,  
con fuegos artificiales  
y música de organillo.  
Pero voy únicamente  
á referir la que he visto,  
corrida de cuatro toros,  
en una noche de estío,  
alumbrada con faroles  
de á siete por perro chico.  
Lidiadoras: Petra y Rita,  
vecinas del edificio,  
y Guadalupe y Amparo  
habitantes del contiguo.  
Reses: Julián y Gregorio,  
Hilarión y Maximino,  
farmacéuticos futuros  
y esperanzas de marido.  
Espectadores: la dueña  
del ruedo, seis individuos  
de la clase de los machos,  
aficionados peritos,  
y diez mustios ejemplares  
del género femenino.  
Sonaron las nueve en punto  
en el reloj de un testigo  
de vista; sacó el pañuelo

el presidente elegido  
(capitán de cazadores  
retirado del servicio,  
pero práctico en el arte  
filosófico taurino);  
por carecer de trompeta  
una chula tocó el pito,  
quitáronse los cerrojos,  
y del toril del pasillo  
salieron gallardamente  
los jóvenes sobredichos.  
Tomó Julián cuatro varas  
de Guadalupe; dió un brinco  
Gregorio, al sentir el hierro  
que le puso en los hocicos  
Amparo; con gran bravura  
se presentó Maximino,  
colándose y dando á Petra  
un tumbo de latiguillo;  
y de Hilarión al empuje  
perdió Rita los estribos.  
Previa la seña ordinaria  
para tomar los palitos,  
con dos rehiletos de Amparo  
quedó Gregorio partido.  
Rita, citando de lejos,  
temerosa del novillo,

dejó cuatro medios pares,  
aunque ninguno en su sitio;  
Julián aguantó catorce  
que no amenguaron su brío;  
y Petra, saliendo en falso  
todas las veces que quiso,  
devolvió las banderillas  
dejando al toro aburrido.  
Se tocó á matar: los brindis  
fueron breves y bonitos,  
y las cuatro matadoras  
empuñaron los avíos.  
Guadalupe estuvo fresca  
y se ciñó de lo lindo,  
pero Julián desarmaba  
sin moverse de su sitio;  
después de mucho trasteo  
y de bregar por lo fino,  
tan pronto que ya te cojo,  
tan pronto que ya te pincho,  
á instancias del presidente  
se suspendió el homicidio,  
y Julián y Guadalupe  
quedaron como enemigos  
que se respetan y estiman  
después de haberse medido  
pecho á pecho y cara á cara

en el ámbito del circo.  
Hilarión llegó á la muerte  
muy valeroso y altivo,  
y Rita juzgó imposible  
salir de su compromiso:  
al dar medio pase malo  
escupiéndose al peligro,  
llevó un acosón la diestra,  
y entonces tomó el partido  
de tomar la enfermería  
por término del conflicto.  
Gregorio quiso librarse  
arrimándose al estribo,  
mas no se libró de Amparo,  
que de un volapié magnífico  
pasándole los pulmones  
se lo metió en el bolsillo.  
Petra, con mala fortuna,  
terminó haciéndose un lío,  
y al dar un pase en redondo  
fue cogida por el bicho.  
Con lo cual se aguló la fiesta,  
la autoridad intervino,  
y acabóse el espectáculo  
entre voces y silbidos.

Esta corrida ordinaria,  
puesta en lenguaje sencillo,  
quiere decir lo siguiente  
(si no sabéis lo que he dicho):  
De Julián y Guadalupe,  
ninguno quedó vencido;  
tal para cual se mostraron,  
ella taimada y él vivo;  
ni Guadalupe fue tonta  
ni Julián sietemesino.  
Rita, queriendo burlarse  
de Hilarión, halló el castigo  
en forma de calabazas,  
que es un plato muy mal visto.  
Petra, jugando con fuego,  
se abrasó por Maximino,  
y á merced del victorioso  
puso vida y albedrío.  
Por fin, el más inocente,  
más liberal y más tímido  
fue Gregorio, que de Amparo  
se prendó como un borrico:  
en prueba de su derrota  
pidió á voces el martirio,  
porque pidió casamiento,  
y eso es pedir cuatro tiros.



Señoras y señoritas;  
ya conocéis lo ocurrido  
en cierta plaza de toros  
y en una noche de estío.  
Pero no digáis á nadie  
que soy yo quien os lo digo,  
porque pudiera ofenderse  
algún cursi conocido  
de doña Juana Cienfuegos  
Chupacharcos y Canijo,  
la que daba las tertulias  
en la calle del Olivo.

## CORRIDA DE ABONO.

Las corridas de abono, que en convites  
y tertulias y bailes y saraos  
da la mujer ansiosa de marido,  
por bastantes razones se asemejan  
á las que da Menéndez en su ruedo:  
sota, caballo y rey es la costumbre,  
por más que nos quedemos en la sota  
la mitad de las veces: bien lo saben  
los tristes abonados; bien lo pagan:  
lidia vulgar y toros en capullo:  
nada que á despertar el clamoreo  
del público entusiasmo se encamine.  
Lo mismo son los hombres que se corren  
para solaz de femenil cuadrilla  
en tardes ordinarias: reses memas,  
cabestros de salón, sietemesinos  
de abono, que en las lides amorosas  
huyen como los mansos inocentes,  
sin dar calor, ni variedad, ni juego.

Si te parece insulsa esta corrida,  
lector, aguántala, porque es de abono.

## CORRIDA EXTRAORDINARIA.

Rasgue el aire la trompeta  
y alegre repique el bronce,  
que hay corrida extraordinaria  
con toros bravos y nobles,  
buenos diestros en el ruedo  
y mozas en los balcones.  
Así también las mujeres  
con regocijadas voces  
aclaman al bello día  
en que la cárcel se rompe  
dejando llegar al coso  
la figura de algún hombre.  
Que ellas, á fuer de toreras,  
no quieren los monigotes  
y dan cuatro mil novillos  
por un toro de buen porte.  
Lo extraordinario es lo grande,  
lo que gana corazones,  
lo que entusiasma á las hembras  
y las convierte en arroyo.  
¡Han llevado en los abonos  
tanto camelo las pobres!

## CORRIDA DE BENEFICENCIA.

¡Qué bulla! ¡Qué movimiento!  
¡Qué gozo tan general!  
¡Quién fuera en este momento  
diputado provincial!

— «¡Uno, cuatro, cinco, siete,  
» diez duros por un tendido!»

— «Si no me dan un billete,  
» lo vas á ver: ¡me suicido!»

— «No es posible que lo crea.»

— «Pues no hay nada, caballero.»

— «¡Búsqueme usted aunque sea  
» un asiento de chiquero!»

¿Ves qué afán? ¿Ves qué manía?

Pues más arrebatadora  
mi ardiente afición sería  
si tú quisieras, lectora:

Si para recompensarme  
la fe con que te lo digo,  
quisieras beneficiarme  
corriendo toros conmigo.



LA PUNTILLA.



## UN TORO DE GRACIA:

Siempre que hay toro de gracia  
se desgracia algún torero,  
lo cual podrá ser gracioso,  
pero no tiene gracejo.  
También cuando las señoras  
reciben de gracia un premio  
y quedan agradecidas  
á la gracia del obsequio,  
se exponen graciosamente  
á un desgraciado suceso.  
He conocido á una joven  
que admitió de un caballero  
prendas que obtuvo de gracia  
por ser graciosa en extremo,  
y cuando pensó pagarle  
solamente agradeciendo,  
él se la echó de gracioso  
y... gracias á Dios que al menos  
la desgracia fue pequeña  
y no pasó de... ¡silencio!  
¡Pues buena gracia sería  
que yo acabara este cuento!

## CORRIDA EN COMPETENCIA.

Celosa Inés de Florencia,  
y Florencia hecha un demonio,  
quisieron, en competencia,  
lidiar á un hombre bolonio  
que buscaba su querencia.

Él estuvo para echarse;  
mas ellas, por estorbarse,  
no tomaron precauciones,  
y el bicho llegó á enterarse  
y las dobló á revolcones.

Á lo mejor, se encaraban  
para exponer sus querellas,  
y de todo se olvidaban;  
y mientras se querellaban,  
el bicho, duro con ellas.

La función acabó mal  
por consecuencia precisa:  
ellas, en el hospital;  
y el bicho, muerto de risa  
rascándose en el corral.



## AXIOMAS

### Y PENSAMIENTOS TAUROMÁQUICOS.

Se llaman mujeres *de mala sombra* las que siempre que torear salen tropicadas de la suerte.



Las diestras de pura raza no se escupen nunca: si llevan un revolcón mayúsculo, dicen: *¡todo sea por el arte!*; si tienen cogida, la dan por bien empleada, en beneficio del arte; y hasta cuando por natural modestia toman el olivo, lo hacen por el arte. El arte es un consuelo, un recurso y una tapadera.



Son lidiadoras *desgraciadas* las que torear siempre mal. La disculpa de las maletas, es la desgracia. Ya que no pueden agarrarse á otra cosa, se agarran al sino.



Para llegar á la perfección en el arte tauromáquico femenino, se necesita lo que sigue: poseer la

finura del Regaterín, la vista de Guerrita, la fuerza del Ostión, la elegancia de Lagartijo, el brazo de Frascuelo, la muleta de Cayetano y el alma de Domínguez; parar los pies como Cara-ancha, perfilarse como Mazzantini, recortar como el Gordito, quebrar de rodillas como el Gallo, alegrar los toros como Agujetas, picarlos como el Sastre y descabellarlos como el Curro. Pero con todo eso no se conseguirá nada si al mismo tiempo no se tiene la mentira en los labios, la tentación en los ojos, la gracia en la palabra, la veleidad en el carácter, la perfidia por compañera, el interés por norte, el egoísmo por sistema y la coquetería por instrumento; y además, el corazón vacío, la mano cerrada, intención de toro y espíritu de mamá política.

\* \* \*

Volver la cara cuando se mete el brazo no es un acto de cobardía, sino de atención. Casi todas las que hacen esto, miran á retaguardia para no asustar al toro.

\* \* \*

Las matadoras que tienen la costumbre de mechar al hombre, tendrán que dar estrecha cuenta á sus víctimas en el día de la resurrección de la

carne. Para no llevar al otro mundo la conciencia sucia, deben procurar las espadas que muera el bicho de un golpe. Se permite envenenar el acero.



Donde hay un toro, puede no haber un hombre; pero donde hay un hombre, hay un toro.



Donde hay una mujer, hay siempre una espada.  
Donde hay una suegra, debe haber un cachete.  
Donde hay toreras, hay palos.

---

Profesoras, artistas y maletas :  
si este libro os parece malo y caro,  
decidme sin reparo:  
¿qué demonios queréis por tres pesetas?





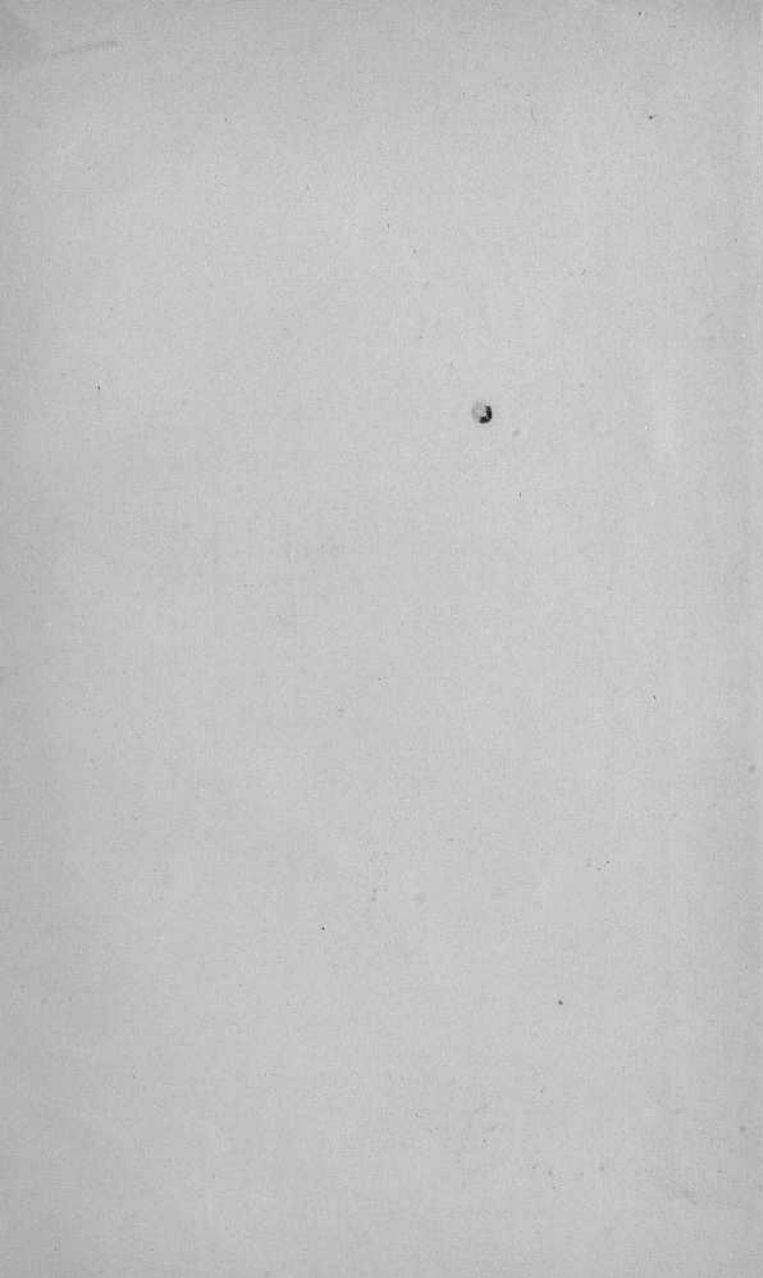
# ÍNDICE

---

	<u>Página.</u>
Dedicatoria.....	5
Advertencia á los individuos del sexo fuerte.....	7
Definición del arte de torear hombres.....	9
<i>Primera parte.</i>	
La cuadrilla.....	11
<i>Segunda parte.</i>	
El ganado.....	27
<i>Tercera parte.</i>	
El toreó.....	53
<i>Cuarta parte.</i>	
Corridas históricas.....	117
<i>Quinta parte.</i>	
Ejemplos.....	153
<i>Sexta parte.</i>	
Anécdotas taurinas.— Axiomas y pensamientos tauromáquicos.....	193







## ADMINISTRACIÓN:

IMPRENTA DE RICARDO FÉ, CEDACEROS, 11.

---

Sabed, ángeles y arpías,  
inocentes y coquetas  
de todo el orbe cristiano,  
que en siete mil librerías  
se vende por **tres pesetas**  
este libro de verano.

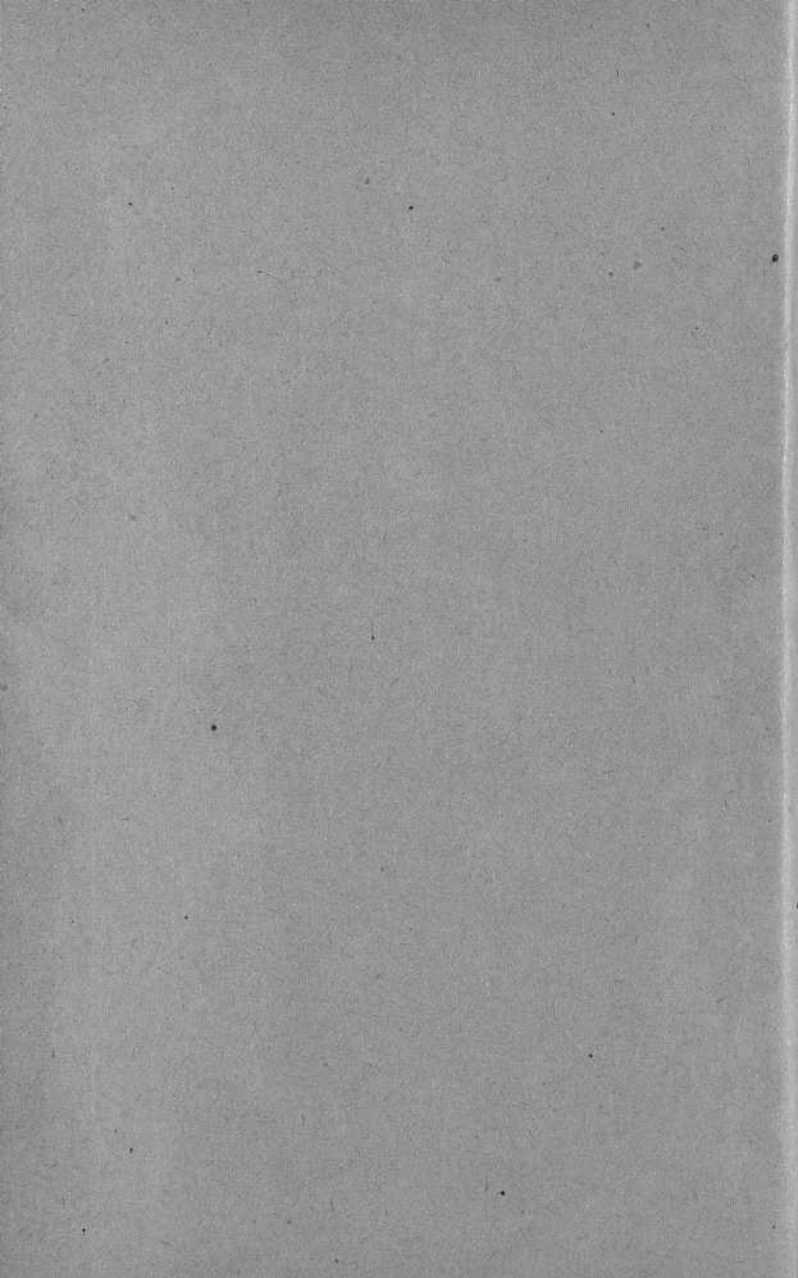


MADRID. 1885.

LITOGRAFÍA DE GONZÁLEZ, | FOTOGRAFÍA DE COMPANYY,  
Princesa, 19. | Visitación, 1.







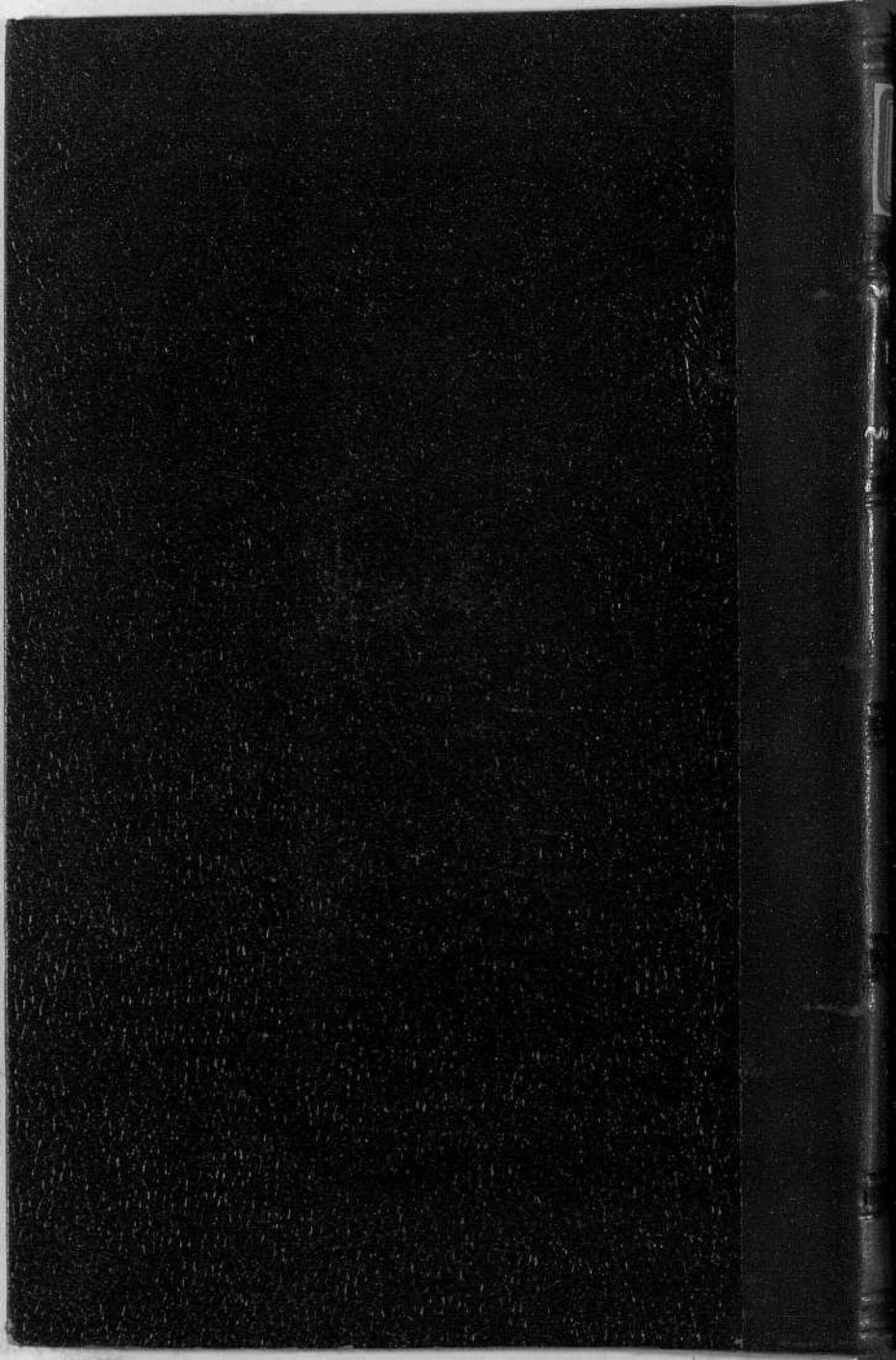
# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.....	Precio de la obra.....
Estante.....	Precio de adquisición.....
Tabla.....	Valoración actual.....

Número de tomos.. ..



211.

LIANOS

TAUROMAQDIA

FEMENINA